

Carlos de Larra y Francisco Lozano

¡Me caso con mi mujer!

Comedia bufa en tres actos



María Gamez

Publicación
Semanal
N.º 2

50 Cts.

¡ME CASO CON MI MUJER!

Edición autorizada para BIBLIOTECA TEATRAL

Gráficas Hudson. - Rosellón, 304.

¡ME CASO CON MI MUJER!

COMEDIA BUFA EN TRES ACTOS, ESCRITA SOBRE EL PENSAMIENTO
DE UNA OBRA DE HENNEQUIN Y DUVAL

POR

CARLOS DE LARRA

Y

FRANCISCO LOZANO

BARCELONA
BIBLIOTECA TEATRAL

PARÍS, 204

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Marta	Sra. Asquerino
Doña Evangélica . . .	" Cortés
La Milekouska . .	" Ortega
Rosalía. . . .	" Prunell
Jeannette . . .	" Calvo
Doncella . . .	" López
Enrique Verdissón . .	Sr. Soler
Godofredo Gottardón . .	" Córdoba
Pimponet . . .	" Güell
Bertín	" Parreño
Bertón. . . .	" Calvo
El señor Durand . .	" Marimón
Agustín . . .	" Caballero

La acción de los actos 1.° y 2° en París; el del 3.° en Poitiers.

Epoca actual.

Derecha e izquierda, del actor.



ACTO PRIMERO

Despacho de Enrique Verdissón, decorado severamente. Muebles y cortinajes de tonos oscuros. Dos puertas a cada lado; las de segundo término ochavadas. Al fondo mirador grande de cristales con bastante saliente hacia la calle. En la pared dos ferroprusiatos representando una locomotora y un ténder.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón sale Enrique con un periódico en la mano seguido de Marta por la primera derecha. Después la doncella.

ENRIQ. ¡Pero qué preocupaciones más tontas! ¡Eres insoportable!

MARTA Sí, insoportable. Es tu salida de siempre.

ENRIQ. ¡Pero mujer...!

MARTA Si no lo puedes disimular. Estás cansado de mí. Hace algún tiempo que rehuyes mi conversación. Hasta en la comida que es el único rato del día que estás junto a tu mujercita, te embebes en la lectura del periódico y como si no tuvieras a nadie a tu lado. ¡Tú dirás si esto es muy agradable a los seis meses de matrimonio!

ENRIQ. No tienes razón para incomodarte. Comprende que un hombre como yo, abogado consultor de la más importante Compañía ferroviaria de Francia, tiene que estar al corriente de la marcha de los asuntos políticos y financieros.

MARTA Esos son pretextos. Lo que pasa es que te aburres conmigo.

ENRIQ. ¡Otra vez!

MARTA Por la mañana te encierras en tu despacho.

ENRIQ. Naturalmente! ¿quieres que reciba a mis clientes en tu tocador?

MARTA Por la tarde te vas a la Audiencia.

ENRIQ. Si te parece defenderé mis pleitos en casa de tu modisto.

MARTA Y por la noche...

ENRIQ. *(Al ver salir a la doncella.)* ¡Chist!

MARTA *(Sollozando.)* ¡Soy muy desgraciada! *(Acercándose al balcón. Aparece la doncella con servicio de café.)*

DONCE. ¿Sirvo aquí el café? *(a Enrique.)*

ENRIQ. Pregúnteselo a la señora.

DONCE. Está bien, señor. ¿El café lo sirvo aquí? *(a Marta.)*

MARTA Haga usted lo que quiera. Yo no lo tomo.

DONCE. Está bien, señora.

ENRIQ. *(Cachazudo observando a Marta.)* Bueno, déjelo aquí. *(La doncella deja el servicio sobre una mesita que habrá a izquierda.)*

DONCE. *(A Marta.)* ¿Hay que preparar el almuerzo para el señor Pimponett?

MARTA Pregúnteselo al señor.

DONCE. Está bien, señora *(a Enrique.)* ¿Hay que preparar al señor Pimponett su almuerzo?

ENRIQ. Es inútil. Ya no vendrá.

DONCE. Está bien, señor. *(Mutis derecha. Pausa.)*

MARTA *(Observándole e interrumpiéndole cuando él va a beber.)* ¡Eso! ¡Muy bonito! Y yo sin tomar café.

ENRIQ. ¿Pero no has dicho que no querías?
MARTA ¿Yo?
ENRIQ. ¡Vaya... toma! *(Ofreciéndole la taza.)*
MARTA No hijo, bébetelo todo. He visto la intención.
ENRIQ. ¿En qué quedamos? Te vas volviendo inaguantable, como una chiquilla caprichosa.
MARTA ¡Eso es, insúltame encima!
ENRIQ. ¡Bah! ¡Tendré que dejarte por imposible!
MARTA ¡Si no deseas otra cosa! ¿Te crees que no adivino tus planes?
ENRIQ. ¿Qué dices?
MARTA Pero te prevengo que a la menor infidelidad, a la más pequeña tentativa, ¿me entiendes?
ENRIQ. *(Paternalmente.)* ¡Te entiendo!
MARTA Pues bien, a la primera tentativa ¿sabes lo que haré?
ENRIQ. ¿Qué harás?
MARTA *(Con decisión.)* Haré, haré... *(sollozando.)* No sé lo que haré.
ENRIQ. *(Consolándola.)* Pero no seas tonta, mujer, ¿a qué viene atormentarte con esos celos injustificados?
MARTA Soy celosa porque te quiero como el primer día.
ENRIQ. *(Acercándose a ella con mimo.)* Yo también te quiero como entonces. *(Cogiéndo las manos de Marta.)* Vamos, ven acá, reflexiona cinco minutos.
MARTA *(Rápidamente.)* Es mucho.
ENRIQ. ¿Con quién quieres tú que yo te engañe?
MARTA *(Repentinamente.)* ¡Con nadie!
ENRIQ. No es eso. ¿Con quién crees tú que yo podría engañarte?
MARTA Cuando un marido quiere engañar a su mujer...
ENRIQ. No es tan fácil como crees.
MARTA *(Mimosa.)* Júrame que no me engañarás nunca.

ENRIQ. Lo juro.
MARTA Y júrame que juras la verdad.
ENRIQ. *(Con solemnidad cómica.)* Te juro que juro la verdad.
MARTA *(Contenta.)* No te enfades conmigo. En el fondo no soy mala.
ENRIQ. *(Sonriente.)* Ni en la superficie.
MARTA Yo comprendo que soy muy tonta en mortificarme.
ENRIQ. Sí, muy tonta.
MARTA *(Alegremente.)* ¿Sabes que no eres muy amable?
ENRIQ. Pero confiesa que soy justo. *(Abrazándola.)* Vamos, vamos, habrá que mandarte al colegio.
MARTA *(Seca sus lágrimas y le besa.)* ¡Enrique!
ENRIQ. *(Reconviniéndola cariñoso.)* ¿Uno sólo? *(Ella se abraza a su cuello y le besa repetidamente.)*

ESCENA II

Dichos y Pimponet por segunda izquierda

PIMPO. *(Desde la puerta.)* ¡Eureka! *(Sorprendiéndoles.)* ¡Flagrante delito!
MARTA ¡Ah! *(Intentando separarse de Enrique al ver a Pimponet.)*
PIMPO. ¡Seguid, hijos míos, que yo soy de confianza!
ENRIQ. *(Aparte.)* Siempre llega a tiempo este imbécil.
PIMPO. Muy bien, muy bien. Así me gusta. Veo que a los seis meses de luna de miel sigue la luna sin empañarse y la miel sin ponerse rancia.
MARTA *(Con rubor.)* ¡Señor Pimponet!
PIMPO. ¡A propósito! Un chiste que se me ha ocurrido en el tranvía.¿A que no sabéis

cuál es el colmo de dos novios? *(Conteniendo un chorro de risa que se le escapa a borbotones.)*

ENRIQ. *(Aparte.)* ¡Milagro que no empezara con sus chistes!

MARTA No caigo.

PIMPO. Pues el colmo de dos novios... es... ¡casarse! ¡Ja, ja, ja! *(Suelta el chorro a todo trapo.) (Enrique y Marta no se inmutan.)* ¿Verdad que tiene gracia?

ENRIQ. *(Con sorna.)* ¡Muchísima! (Qué majadero.)

PIMPO. ¡Ah! Pues tengo otro que...

MARTA *(Interrumpiéndole.)* Ante todo: ¿ha comido usted ya?

PIMPO. Sí, lo he hecho en un restaurant que hay frente al Ministerio.

ENRIQ. Y qué, ¿cómo va su asunto? ¿Ha hablado usted con el ministro?

PIMPO ¡Cinco minutos! No he tenido tiempo ni para decirle un chiste. A propósito, luego os contaré el otro que...

MARTA Sí, dentro de un rato...

ENRIQ. Bueno, y qué, ¿tiene usted esperanza de que el ministro acceda a su pretensión?

PIMPO. Me ha dicho que estudiará mi instancia y que vuelva dentro de tres meses. Lo mismo que me dijo su antecesor. Y cada vez que vuelvo, me encuentro con un ministro nuevo. Pero a mí no me toma nadie la cabellera, y ahora mismo me marcho al pueblo.

MARTA ¡Tan pronto!

PIMPO. En seguida.

MARTA ¿Por qué no se queda usted con nosotros unos días más?

ENRIQ. *(Aparte.)* No le detengas, mujer.

MARTA *(A Enrique.)* ¡Pero hombre...!

PIMPO. No; no os pongáis de acuerdo para que me quede, que no lo conseguiréis. ¡A propó-

sito! Ya ha pasado el rato de... ¿A que no no sabes cuál es el oficio más fácil?

MARTA (*Aparte.*) ¡Otra vez!

ENRIQ. (*Aparte.*) ¡Nos lo colocó!

PIMPO. El de mozo de estación, porque se aprende de "carretilla". (*Soltando el trapo como antes.*) ¡Qué gracia tiene!

ENRIQ. (*Aparte.*) ¡El solo se los celebra!

PIMPO. (*Mirando el reloj.*) ¡Caramba! Es la una y cuarto, y el tren sale a las dos y treinta.

ENRIQ. ¿La una y cuarto ya? (*Acercándose al mirador y observando hacia la calle.*)

MARTA Y mi modisto que me espera a la una y media.

PIMPO. Pues esa hora es sagrada. El modisto no espera.

MARTA ¿Por qué?

PIMPO. Porque es modisto. (*Soltando la carcajada.*)

MARTA Es usted incorregible. Vaya, con su permiso. Voy a ponerme el sombrero. (*Alargándole la mano.*) Por si no nos volvemos a ver, buen viaje, señor Pimponet.

PIMPO. ¿Qué quiere usted que le diga a su tía doña Evangelina?

MARTA Que tenemos mucha gana de abrazarla y que debía decidirse a venir una temporadita con nosotros.

PIMPO. ¿Ella, venir a París? No lo esperéis. Le asusta el bullicio. Lo más que hace es pasar en Burdeos quince días al año, con su amiga doña Eduvigis... y el resto vive en en su casita de Poitiers, consagrada a sus flores, sus gallinas y a la alta Institución que ha fundado. El Asilo de niños bizcos de San Caralampio.

MARTA Es una santa.

PIMPO. Allí todos la adoramos y hasta los niños del Asilo la miran con muy buenos ojos.

MARTA Pues dígala usted que iremos a Poitiers en cuanto Enrique esté menos ocupado.

PIMPO. No dejaré de decírselo.

MARTA Hasta la vista, señor Pimponet. *(Mutis primera derecha.)*

PIMPO. Hasta la vista.

ESCENA III

Enrique y Pimponet

PIMPO. *(A Enrique por Marta.)* ¡Una perlita! ¡Eh! ¡Una perlita!

ENRIQ. ¡Justo! ¡Una perlita! *(Distraído mirando hacia la calle.)*

PIMPO. ¿Y a quién debes esa felicidad sinó a tu buena tía? Tú llevabas en París una vida licenciosa. Eras un calavera empedernido. Hasta que ella te aconsejó que te casaras.

ENRIQ. *(Distraído.)* Y yo tomé su consejo.

PIMPO. Efectivamente. Y a los tres meses llegabas a la estación de Poitiers acompañado de la más angelical de las esposas.

ENRIQ. *(Prestando más atención.)* En el expreso de las seis y media. ¡Fué un espectáculo inolvidable!

PIMPO. Descendisteis del vagón a los acordes de una marcha nupcial entonada por los niños del Asilo y dirigida por mí personalmente. Como si la oyera. *(Tararea una marcha.)* Por cierto que aquello me valió la Cruz del Mérito Agrícola.

ENRIQ. ¿Cómo?

PIMPO. De tercera clase... El ministro, que viajaba en el mismo tren, creyó que aquella música era en su honor, y para premiar tal agasajo, me concedió este distintivo. Fué graciosa la coincidencia, ¿verdad? *(Soltando la carcajada.)*

ENRIQ. No estuvo mal.

PIMPO. Vaya, me voy a preparar la maleta... que ya es tarde. ¡A propósito! ¿Cuál es el ave más sencilla?

ENRIQ. ¡Yo qué sé!

PIMPO. El *avellana. (Idem con su carcajada.)* Siento marcharme por no contarte otros muchos. En el café de la Fuente es un chorro continuo. *(Mutis segunda derecha.)*

ENRIQ. *(Aparte.)* Pues sí que se divierten en provincias.

ESCENA IV

Enrique, Bertín y Bertón

ENRIQ. ¡Vete, bendito de Dios! *(Se dirige de nuevo al balcón, encendiendo un cigarrillo. Pausa. Aparecen Bertín y Bertón vestidos de americana, por la primera izquierda.)*

BERTIN *(A Bertón.) (Observando a Enrique.)* Está solo; esta es la ocasión... ¿Peroras o peroro?

BERTON Perora.

BERTIN Peroro. *(Avanza cómicamente hacia Enrique estirándose los puños.)* Don Enrique... Don Enrique... *(Al ver que no le contesta, se dirige a Bertón.)* Perora.

BERTON *(Haciendo el mismo juego.)* Señor Verdissón... Señor Verdissón... *(A Bertín.)* Inmóvil e impertérrito.

BERTIN ¿Desistimos o reiteramos?

BERTON Reiteremos a dúo.

LOS DOS *(A dúo.)* Señor Verdissón... Señor Verdissón.

ENRIQ. ¿Quién? ¡Ah! ¿Qué hay? *(Acercándose a ellos.)*

BERTIN Hay... *(Quiere hablar y no le salen las palabras.) (Aparte a Bertón.)* Díselo tú.

BERTON Pues hay... *(Aparte.)* ¡Ay! ¡Qué me he cortado!

ENRIQ. Pero ¿qué les sucede a ustedes? ¿Ocurre alguna novedad?

BERTIN Ocurrir, nada.

BERTON Nada.

BERTIN Lo que pasa es que...

BERTON Francamente, don Enrique: venimos a presentar a usted nuestra dimisión.

ENRIQ. *(Sorprendido.)* ¿Cómo? ¿Tienen ustedes alguna queja de mí? *(Bertón y Bertín niegan con la cabeza.)* ¿No he sido siempre para mis pasantes un buen amigo? *(Bertín y Bertón afirman.)* ¿Entonces? ¿Cuál es la causa?

BERTON ... Su clientela.

ENRIQ. ¿Mi clientela?

BERTIN Siempre las grandes compañías.

BERTON Siempre París-Lyón-Mediterráneo.

BERTIN ¡Ni un divorcio!

BERTON ¡Ni un rapto!

BERTIN ¡Ni un adulterio!

ENRIQ. ¡Ah! ¡Vamos! ¿Se van ustedes de mi casa porque mi clientela carece de elemento femenino?

BERTIN Justamente.

BERTON Precisamente.

BERTIN Y esta carencia en la práctica severa de la Jurisprudencia, apura la paciencia a nuestra edad.

BERTON *(Señalando a Bertín.)* Tiene veintitrés años.

BERTIN *(Señalando a Bertón.)* Tiene veinticinco años.

BERTON Y cursar Derecho para esto.

BERTIN No hay derecho.

ENRIQ. Tienen ustedes razón. Aquí faltan mujeres, y aunque mi deber sería recordarles que la dignidad de la toga es incompatible con... ¡No me harían ustedes caso! *(Pausa*

corta.) ¿Y en qué bufete piensan ustedes entrar?

BERTIN En el de Alejandro Mirebeau. Necesita dos pasantes.

ENRIQ. ¡Ah! ¡Mirebeau! ¡Feliz colega! ¡Clientela esencialmente femenina!

BERTON ¡Sedas!

BERTIN ¡Perfumes!

BERTON ¡Aleteo arrullador!

ENRIQ. Bien, señores, bien; puesto que es su deseo, vayan ustedes con Mirebeau. Yo sólo les ruego que esperen hasta que encuentre substitutos.

BERTIN *(Reverenciosamente.)* ¡No faltaba más!

BERTON ¡No faltaba más!

ENRIQ. Y que se acuerden de mí alguna vez.

BERTIN ¡Por Dios!

BERTON ¡Por Dios! *(Bertín y Bertón saludan reverenciosamente.)*

BERTIN *(Aparte a Bertón.)* ¡Qué lástima de hombre! *(Mutis primera izquierda.)*

ESCENA V

Enrique. — Después Marta

ENRIQ. Tienen razón... Aquí faltan mujeres... este ambiente de seriedad resulta demasiado fastidioso para un hombre joven. *(Mirando su reloj.)* ¡Las dos! Dentro de un cuarto de hora pasará ella por la acera de enfrente. ¡Tengo una impaciencia! *(Se acerca al balcón y observa hacia la calle.)* Me ha dicho que si lleva esprit blanco en el sombrero, es que su marido está fuera; y que si lo lleva verde, hay peligro. *(Vuelve a mirar.)* Es una aventura encantadora. La conocí hace quince días en un portal. Estaba lloviendo. Ella no llevaba paraguas.

Le ofrecí el mío, aceptó... y... no sabe la gente cuántas mujeres honradas sucumben por haber salido de casa sin paraguas.

MARTA *(Por la primera derecha, vestida en traje de calle.)* ¡Vaya! ¡Ya estoy lista! ¿Quieres algo?

ENRIQ. ¿Y el paraguas? ¿No llevas paraguas?

MARTA ¿Paraguas? Si hace un día espléndido.

ENRIQ. Haz el favor de coger tu paraguas.

MARTA Pero... ¿para qué?

ENRIQ. Cógelo, mujer... dame ese gusto.

MARTA ¡Vaya una idea! ¡Qué empeño!

ENRIQ. Va a cambiar el tiempo en seguida. Verás como llueve.

MARTA Pues me guareceré en un portal.

ENRIQ. *(Interrumpiendo rápido.)* ¡¡No!! ¡En un portal no! Es mucho mejor que lleves el paraguas.

MARTA Bueno, bueno, lo llevaré, no te preocupes. Hasta luego, vidita. *(Poniéndole una mano en su hombro cariñosamente.)* Y acuérdate de lo que me has jurado.

ENRIQ. He aquí mi respuesta. *(Abrazándola.) Marta hace mutis segunda izquierda. Enrique la acompaña hasta la puerta y cuando ella sale, le dice:)* ¡No te olvides del paraguas!

ESCENA VI

Enrique, Bertín y el señor Durand por primera izquierda con una cartera grande bajo el brazo.

BERTIN *(Entrando.)* El señor Durand, jefe de Sección de París-Lyón-Mediterráneo, desea hablarle.

ENRIQ. ¡Qué demonio de París-Lyón-Mediterráneo a estas horas! Dígale que no estoy.

DURAND (*Apareciendo en la puerta.*) ¡Querido señor Verdissón!

ENRIQ. (*Fingiendo amabilidad.*) ¡Caramba, señor Durand! Pase usted, pase usted. (*Estrechándole la mano.*) (*Mutis Bertin.*) ¿Que nuevo asunto le trae hoy por aquí?

DURAND ¡Estoo! Verá usted. Voy a explicárselo con todo detalle.

ENRIQ. Le ruego a usted que concrete, porque tengo mucha prisa. (*Mira el reloj con impaciencia.*) (*Aparte.*) Ya no tardará en pasar...

DURAND ¡Estoo!... Se trata de una reclamación.

ENRIQ. (*Dirigiéndose al balcón.*) (*Aparte.*) ¡Dios mío! ¡Que lleve esprit blanco!

DURAND El señor Dupont, diputado socialista... estoo... (*Volviendo la cabeza y viendo que no está Enrique.*) Estoy hablando solo...

ENRIQ. (*Viendo que Durand le busca con la mirada.*) Continúe, continúe, que yo le escucho desde aquí.

DURAND ¡Ah! (*Sacando varios documentos de la cartera.*) Pues como le decía a usted, estoo... el señor Dupont, diputado, pretende que el revisor del sud-express de Lyón le pongan...

ENRIQ. (*Dando un grito.*) ¡Verde!

DURAND ¡Cómo!

ENRIQ. (*Con alegría.*) ¡Ah!, no es ella; me he equivocado.

DURAND Pero ¿qué dice este hombre? (*Aparte.*)

ENRIQ. (*A Durand.*) Perdone, estaba distraído. Continúe, continúe.

DURAND Pues como iba diciendo, el señor Dupont, diputado... afirma que el revisor del susodicho sud-express, se ha negado a reconocer su personalidad y pretende meternos en un asunto que yo veo muy negro.

ENRIQ. (*Con alegría.*) ¡Blanco! (*Mirando hacia la calle.*)

DURAND Negro, porque hay que considerar que el ñor Dupont, diputado, estoo...

ENRIQ. *(Interrumpiéndole.)* Perdone usted, señor Durand. Había olvidado que tengo una cita urgente. Le enviaré uno de mis pasantes, para que le explique usted el asunto. ¡Hasta la vista!, ¿eh?, ¡hasta la vista! *(Dirigiéndose a la puerta con alegría.)* ¡Blanco! ¡Blanco! ¡El marido está fuera! *(Mutis rápido segunda izquierda.)*

DURAND *(Intentando hablarle.)* ¡Estoo... estoo... *(Aparte.)* esto es una grosería. En fin, esperaremos al pasante. *(Recoge los papeles metiéndolos en la cartera.)*

ESCENA VII

Durand y Pimponet

PIMPO. *(Hablando con alguién que se supone dentro.)* Sí, bájelo al coche. Caramba, no está aquí Enrique.

DURAND *(Aparte.)* Este debe ser. *(Saludando.)* ¡Caballero!

PIMPO. *(Le contesta con un gesto de extrañeza.)*

DURAND Yo soy el señor Durand, jefe de Sección de París-Lyón-Mediterráneo.

PIMPO. *(Con indiferencia.)* Muy señor mío.

DURAND El señor Verdisson me ha encargado explique a usted mi asunto.

PIMPO. ¿A mí? ¡Bueno! *(Aparte.)* Aún me quedan cinco minutos.

DURAND Pues verá usted. *(Se pone los lentes y saca los papeles de la cartera.)* Estoo... El señor Dupont, diputado socialista, pretende entablar una demanda contra la Compañía, fundándose en que el revisor del sud-express de Lyón, le exigió que exhibiera su

carnet, y pide por ello treinta mil francos de daños y perjuicios.

PIMPO. ¡Treinta mil francos! ¡Bonita cantidad después de viajar gratis!

DURAND Aquí están los antecedentes del asunto. Usted me dirá su opinión.

PIMPO. ¿Mi opinión? Pues que ha hecho perfectamente ese diputado.

DURAND *(Sorprendido.)* ¡Señor mío!

PIMPO Yo, en su lugar, hubiera pedido el doble. Los revisores me son muy antipáticos. No hacen más que molestar cuando uno está durmiendo.

DURAND ¡Bien! Prescindiendo de opiniones particulares. Estoo... usted dirá qué determinación debe tomar la Compañía.

PIMPO. ¡Pues pagar!

DURAND ¿Pagar? *(Asombrado.)*

PIMPO. ¡Claro! ¡A toca teja! ¡Nada, nada! ¡Abonar, abonar en seguida! La Compañía es rica, y ese diputado tiene mucha razón.

DURAND *(Sin salir de su estupefacción.)* ¡Pero, señor pasante!

PIMPO ¿Cómo pasante? ¿Por quién me ha tomado usted?

DURAND ¿Pero usted no es...? *(Guardando los papeles en la cartera.)*

PIMPO. Yo soy Pimponet, futuro recaudador de contribuciones. *(Dándole tres golpes en el abdomen.)* *¡Pim-po-net!*

DURAND *(Llevándose las manos al estómago.)* *¡Ah!*

PIMPO. ¡Pero qué bromistas son ustedes los de ferrocarriles...! ¡Pasante! ¡Pasante! *(Intenta de nuevo repetir los golpes. Durand huye.)* ¡Qué gracia tiene! *(Sale riendo por la puerta segunda izquierda.)*

DURAND ¡Me ha estropeado el estómago! *(Queda de espaldas a la primera izquierda.)*

ESCENA VIII

Durand y Bertín

BERTIN Señor Durand.
DURAND ¡Eh! *(Retrocede asustado creyendo que es Pimponet.)* ¡Ah, es usted!
BERTIN ¿Qué le pasa?
DURAND Nada, ese señor Pimponet, que me ha interceptado la vía digestiva.
BERTIN Don Enrique ha tenido que salir, y me encarga me ponga a sus órdenes. Usted dirá...
DURAND *(Sacando de nuevo los papeles de la cartera.)* Estoo... El señor Dupont, diputado...
BERTIN Perdone. Mejor será que pasemos aquí. *(Señalando primera izquierda.)*
DURAND Como guste. *(Haciendo mutis con los papeles en la mano acompañado de Bertín.)* Pues el caso es, que el señor Dupont, diputado...

ESCENA IX

Marta, Godofredo Gottardon, Doncella

MARTA *(Entra por la segunda izquierda medio desvanecida, apoyada en la doncella y Gottardon, que llevará el paraguas de Marta bajo el brazo.)* ¡Ya estoy mejor, muchas gracias!
GOTTA. No se cohiba usted de apoyarse.
DONCE. Pero ¿qué le ha ocurrido a la señora?
GOTTA. Nada, un leve vahído; cosa fugaz.
DONCE. *(Acercando una silla.)* Siéntese aquí.
MARTA *(Se sienta.)* *(A la doncella.)* Puede usted retirarse.
GOTTA. Y de paso, amable doncella, llevarse este paraguas.
DONCE. Está bien. *(Aparte.)* ¿Qué habrá pasado?

¿Y quién será este caballero? *(Mutis primera derecha.)*

ESCENA X

Mata y Gottardon

MARTA (*Levantándose como movida por un resorte.*) ¡Canalla! ¡Canalla!

GOTTA. Señora, cálmese; esos epitetos mal sonantes dirigidos a la atmósfera, son estériles e infructuosos.

MARTA Tiene usted razón. ¡Pero cómo quiere usted que me calme, después de haber visto a mi marido cogido del brazo de una individua!

GOTTA. Eso no tiene importancia. ¡Si hubiera sido el brazo cogido de él...!

MARTA ¡Sinvergüenzas! ¡Sinvergüenzas! ¡Andar así por la calle, con esa frescura!

GOTTA. Los hay alpinistas, créame.

MARTA ¿Se ha fijado usted en ellos?

GOTTA. No he tenido tiempo de fijarme más que en usted. ¿No recuerda que la iba siguiendo? Estaba yo en la plaza de la Concordia, viendo apearse de los tranvías a las señoras. Es un espectáculo muy pintoresco; a mí me encanta. Usted descendió majestuosa de un imperial; su figura quedó prendida en el estribo; yo quedé prendado de su figura. La seguí, me acerqué. Usted me miró de abajo a arriba y me suplicó que no la siguiera. Yo me hice el sueco; cuando al doblar la *rue Royal*, ¡ah!, un grito que se escapa de sus labios coralinos, y usted que cae desmayada en mis brazos.

MARTA No lo olvidaré nunca, caballero.

GOTTA. Ni yo tampoco. Al cabo de unos instantes vuelve usted en sí; me ruega que la acom-

paño hasta su casa; tomamos un coche y al llegar a la puerta, quiero retirarme, pero la veo tan decaída, tan emocionada, tan débil...

MARTA ¡Qué bueno es usted!

GOTTA. Con las señoras. Tengo ese flaco.

MARTA ¿Es usted casado?

GOTTA. Soy célibe desde que nací.

MARTA ¿Y cuál es su nombre?, porque todavía no sé a quién debo tanta bondad.

GOTTA. Godofredo Gottardon y Gottardon, conde de Castillo Rubio, rentista y primer premio de ocarina del Conservatorio de Guatemala.

MARTA *(Cogiéndole una mano.)* ¡Ah, señor Gottardón! ¡Soy desgraciadísima! *(Solloza.)*

GOTTA. Sí, señora, sí: llore usted un poco. No hay nada como las lágrimas. Ya lo dijo Sthendal: "El llanto es una especie de lluvia benéfica sobre el campo de la amargura." *(Aparte.)* ¡Qué bonita frase! *(Estornuda ridículamente.)* ¡Atchiss! Usted perdone; pero a la más pequeña sofocación, me constipo lamentablemente. Es crónico.

MARTA *(Levantándose rápidamente.)* Y aun tenía el cinismo de jurarme fidelidad. ¡Cobarde! ¡Cobarde!

GOTTA. *(Adoptando una postura donjuanesca.)* Señora, olvide usted.

MARTA Es verdad, pero yo necesito tomar una determinación. Aconséjeme usted, caballero.

GOTTA. ¡Ah! ¿Yo? Es muy delicado. *(Haciéndose el interesante.)*

MARTA Sin embargo, usted, como hombre de mundo, sabrá...

GOTTA. Hay dos procedimientos: el de la venganza y el del divorcio.

MARTA ¡El divorcio! Justo, tiene usted razón, ésa es la única solución para una mujer honrada.

GOTTA. *(Aparte.)* Esto toma buen aspecto. *(Pasea contoneándose atusando su cabellera para hacer resaltar el rubio de la misma.)*

MARTA Pero mientras el Tribunal dicta la sentencia, ¿adónde ir? ¿dónde refugiarse cuando una está sola en el mundo?

GOTTA. Yo le puedo recomendar una casa de retiro. El convento de las Damas del Infortunio.

MARTA ¡Qué triste debe ser eso!

GOTTA. Todo lo contrario. Allí se está sometida a un régimen muy agradable. Se puede salir a voluntad, se reciben visitas, se baila dos veces por semana... ¡Es muy divertido!

MARTA *(Creyendo oír ruido.)* Alguien entra. *(Se acerca a la puerta segunda izquierda y mira.)* ¡Mi marido!

GOTTA. *(Con inquietud, intentando marcharse.)* ¡Señora! A los pies de usted.

MARTA *(Deteniéndole.)* ¡Imposible! Se encontrarían ustedes en el recibimiento. Además, es probable que yo tenga que pedirle algún nuevo favor. Entre ahí. *(Señalando segunda derecha.)*

GOTTA. ¿Ocultarme?

MARTA En esa habitación, se lo ruego.

GOTTA. ¿Y si estornudo?

MARTA Procure contenerse... De prisa, por Dios.

GOTTA. Voy, voy. *(Haciendo mutis por la segunda derecha y contoneándose.)* ¡Gottardón, eres gigantesco!

ESCENA XI

Marta y Enrique

ENRIQ. *(Entra por la segunda izquierda con cara de júbilo, tarareando una canción popular.) (Viendo a Marta.)* ¡Hola! ¿Estabas ahí? ¿Cómo has vuelto tan temprano?

MARTA (*Con sequedad.*) ¡Ya lo ves! (*Con sorna.*) ¿De dónde vienes?

ENRIQ. (*Vacilando.*) De... de la Audiencia.

MARTA ¡Mientes!

ENRIQ. ¿Qué dices?

MARTA Me has comprendido perfectamente. Tú no vienes de la Audiencia.

ENRIQ. (*Con fingida naturalidad.*) Sí, tienes razón: no vengo de la Audiencia... porque... en el momento en que iba a cruzar el Bulevard, me he encontrado al... al relator... y es claro, me ha dicho: "¡Hola Verdissón! ¿Cómo va?" Yo le he contestado: "Pues ya ve usted; no va mal, no va mal..."

MARTA Es muy interesante todo eso. ¿Y qué más?

ENRIQ. (*Inventando palabras.*) Pues nada, hemos hablado de negocios. Entre abogados, siempre hay un montón de cosas de que hablar. ¡Hacía un calor insoportable! El se quitó su birrete.

MARTA ¿Pero llevaba birrete?

ENRIQ. ¡Claro, mujer! y toga.

MARTA ¿Por el Bulevard de la Audiencia?

ENRIQ. Es que iba a un entierro.

MARTA ¿Con toga y birrete?

ENRIQ. Este relator es un hombre muy extravagante. Me rogó que le acompañara. Llegamos al domicilio del difunto. ¡Era Coclín! ¡El pobre Coclín! ¡Ha pronunciado un discurso soberbio!

MARTA ¿El difunto?

ENRIQ. No, mujer, el relator. Tanto es así que al acabar la boda...

MARTA ¿La boda?

ENRIQ. (*Subsanando.*) Esto... el entierro, nos hemos despedido y aquí me tienes. ¿Supongo que te habrás tranquilizado?

MARTA Completamente. ¡Como que yo misma te visto pasar por la Rue Royal!

ENRIQ. Con el relator.

MARTA Justo. Por cierto que llevaba en el birrete un esprit blanco.

ENRIQ. *(Aparte.)* ¡Caramba!

MARTA Y su toga era verde... porque se viste como un loro esa *señorita.*

ENRIQ. ¡Marta!

MARTA *(Nerviosa.)* ¡Eres un hipócrita! ¡Tienes una amante!

ENRIQ. Yo te juro...

MARTA No jures. Ese tiempo ha pasado ya.

ENRIQ. ¿Y si yo te dijera que era una cliente?

MARTA *(Irónicamente.)* ¡Pero si tú no tienes más clientes que las grandes Compañías! Ten siquiera nobleza de confesar.

ENRIQ. Pues bien, sea. Era una aventura.

MARTA *(Conteniendo la ira.)* ¡Ah! ¡Confiesas!

ENRIQ. ¡Ya que has invocado mi lealtad...!

MARTA *(Rabiosa.)* ¡Pues no debiste confesar! Mentir, mentir siempre, y puede que yo hubiera acabado por creérmelo. *(Sollozando.)*

ENRIQ. ¡Pero si era una aventura sin importancia! *(Cariñoso.)* ¡Vamos, mujer!

MARTA No te acerques. Antes te dije que no sabía qué hacer si me engañabas... ahora ya lo sé: quiero divorciarme.

ENRIQ. ¿Por un pecadillo insignificante?

MARTA ¿Un pecadillo?

ENRIQ. Llámalo como quieras; pero ha sido la primera vez y será la última.

MARTA Es inútil Te he dicho que quiero divorciarme y me divorcio.

ENRIQ. *(Con sorna.)* ¿Y qué harás luego?

MARTA Una vez divorciada, no creo que me falten proporciones...

ENRIQ. *(Intrigado.)* ¿Te volverás a casar?

MARTA Es posible, y de seguro que no perderé en el cambio.

ENRIQ. Muchas gracias.

MARTA Es justicia. *(Mirándole despreciativamen-*

te.) Te detesto y quiero separarme cuanto antes.

ENRIQ. ¿Estás decidida?

MARTA Por completo.

ENRIQ. Piensa lo que dices.

MARTA No tengo nada que pensar.

ENRIQ. Está bien; puesto que lo quieres, sea. Yo también estoy harto de estas escenas continuas.

MARTA Bueno; puesto que estamos de acuerdo, basta ya de palabras inútiles. Voy a presentar la demanda.

ENRIQ. Hacen falta motivos, y como tú no puedes alegar flagrante delito ni malos tratos, por complacerte, yo mismo te los facilitaré.

MARTA ¿Vas a pegarme?

ENRIQ. Soy incapaz. Voy a darte las pruebas materiales de mis supuestas traiciones. Ahora verás. *(Se sienta ante la mesa y escribe.)* "Mi querida Hortensia: Te adoro y mi mujer me aburre. Hasta la noche. Enrique." *(Entregándole a Marta la carta.)* Ahí tienes una prueba... *(Marta coge la carta y hace intención de retirarse.)*

ENRIQ. Todavía falta otra. *(Escribe otra carta.)* "Julieta de mi corazón: Para ti mi alma, mi vida y mi fortuna. Esta mañana he puesto de golpes a mi mujer que no había por dónde cogerla. A cada golpe pronunciaba tu nombre. Te adora, Verdissón." Toma.

MARTA ¿Esto bastará?

ENRIQ. Seguramente.

MARTA Entonces no me queda más que darte las gracias.

ENRIQ. Ni a mí otra cosa que abandonar esta casa. *(Pausa.)* ¡Adiós, señora!

MARTA ¡Adiós, caballero! Sea usted feliz con ella.

ENRIQ. Y usted, séalo sin mí. *(Mutis primera derecha.)*

ESCENA XII

Marta y Gottardón

MARTA (*Le sigue emocionada con la vista hasta verle desaparecer, y, cuando se ha ido, se seca algunas lágrimas con el pañuelo. Pausa. Hace un gesto de resignación y avanza decidida hacia la segunda derecha.*) Salga usted, caballero; salga usted.

GOTTA. (*Saliendo.*) ¿Y qué ha ocurrido?

MARTA ¡Ya se lo contaré luego! Ahora tenga usted la bondad de acompañarme.

GOTTA. ¿Adónde?

MARTA Al convento de las Damas del Infortunio.

GOTTA. Gustosísimo. (*Aparte.*) ¡Esto marcha ach... (*Queriendo estornudar.*)

MARTA No pierda usted tiempo.

GOTTA. (*Conteniéndose.*) Estornudaré en la escalera. (*Mutis los dos por la segunda izquierda.*)

ESCENA ULTIMA

Enrique. Después Durand

ENRIQ. (*Sale por primera derecha hablando con alguien que se supone hay dentro.*) Sí, ahora mismo, que lleven mi maleta al Gran Hotel. (*Enciende un cigarrillo.*) Pues señor, ya estoy otra vez soltero. Voy a decir a los pasantes que...

DURAND (*Aparece por la primera izquierda con su cartera de papeles y cara sonriente.*) ¡Oh, señor Verdissón! ¡Por fin!

ENRIQ. ¿Usted todavía?

DURAND He preferido esperarle. (*Sacando los papeles y calándose los lentes.*) Esto... El señor Dupont, Diputado.

ENRIQ. Pero hi de mi alma, ¿cree usted que no tengo otra cosa que hacer que escuchar sus impertinencias?

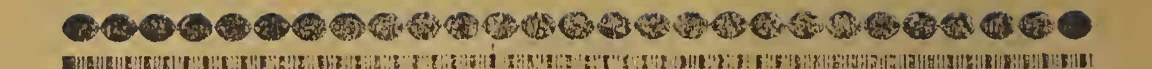
DURAND Es un momento nada más... Estoo...

ENRIQ. *(Dándole un manotazo en la cartera y tirando los papeles por el aire.)* ¡Vaya usted a paseo con el señor Dupont! *(Mutis segunda izquierda.)*

DURAND *(Recogiendo pacientemente los papeles del suelo.)* Hay días que no debía uno salir de casa...

TELON

(Fin del acto primero.)



ACTO SEGUNDO

Saleta de recibir muy elegante y alegre, contrastando con la del primer acto. Muebles modernos de tonos claros, adornados con bibelots y búcaros con flores. Un "bureau" americano; canapé, etc. Decoración en forma angular, con dos puertas a la izquierda y dos a la derecha, la segunda con mampara.

ESCENA I

Al levantarse el telón, aparece Jeannette, doncella muy chic, colocando diversas flores en los búcaros. Después, prendiendo en su cintura una rosa de té, se dirige a un mueblecito-tocador, arreglando ante el espejo su peinado y contemplándose embelesada suspira y se perfuma con un pulverizador que habrá entre otros, sobre el citado mueble. En esto, abre Agustín la mampara, sorprendiéndola. Jeannette deja rápidamente de perfumarse, mirando la puerta.

JEAN. ¡Ah! ¿Es usted? *(Haciéndose la distraída.)*

AGUST. Sí. *(Pausa.)* Vengo a traer la correspondencia del señor. ¡Qué buen olor despide! *(Oliendo carta por carta.)* Violeta... lila...

jazmín.... *(Aspirando el perfume de Jeannette.)* ¡Piel de España! *(Jeannette le mira.)* ¡Cuántos secretos contendrán estas cartitas perfumadas!

JEAN. ¡Pchs! ¡Vaya usted a adivinar!

AGUST. Todas son de letra de mujer. ¡Quién pudiera ser el señor! *(Deja las cartas sobre el bureau.)*

JEAN. Si usted le hubiera conocido hace un año...

AGUST. ¿Sí?

JEAN. Cuando entré en la casa, mi antecesora me puso al corriente. El señor, de casado, sólo se dedicaba a los asuntos de ferrocarriles, pero en cuanto se divorció cambió su bufete por este, que era del señor Mirabeau, y ahí lo tiene usted hoy, abogado predilecto de las damas bien de París.

AGUST. Y que no le dejan en paz un momento. Le asedian.

JEAN. Es natural. *(Pausa.)*

AGUST. ¿La señora era guapa?

JEAN. Eso dicen.

AGUST. ¿Y por qué se divorció?

JEAN. Por celos.

AGUST. Como todas las mujeres. *(Pausa. Se dirige al tocador, perfumándose.)*

JEAN. *(Observándole.)* ¿También usted?

AGUST. El criado de un bufete de esta clase, no puede oler mal. *(Pausa.)*

JEAN. *(Examinando las cartas. Leyendo un sobre)* "Para el simpático abogado don Enrique Verdissón." Hay algunas que se desbordan, hasta por el sobre. *(Examinando otro.)* Esta letra la conozco yo. ¡Ah, sí, es de madame Kersoniere! Una señora que se divorcia dos veces todos los años; en la primavera y en el otoño. Procede de una agencia de colocaciones. ¡La suerte de las personas!... Desde que conozco su historia, también tengo mis ambiciones.

Después de todo, con diez y ocho años y no mal formada...

AGUST. *(Acercándose.)* Y muy bien formada, que no es lo mismo.

JEAN. Además, yo me he criado en muy buenos pañales. Mi papá era capitán de milicianos.

AGUST. *(Contemplándola.)* Es un buen cuerpo.

JEAN. Muy distinguido.

AGUST. Y muy serrano. *(Abrazándola.)*

JEAN. ¡Ay! ¡Estése quieto, señorito! *(Abandonándose.)*

AGUST. ¡Ja, ja! ¡Señorito!

JEAN. ¡Es verdad! Le había tomado por...

AGUST. ¿Por uno de los pasantes?

JEAN. ¡A usted qué le importa! *(Mirándole despreciativamente.)* ¡Pobre diablo!

ESCENA II

Dichos y Bertin, de chaquet claro, irreprochable flor en el ojal, etc. Sale silbando y contoneándose con cierta presunción.

BERT. ¡Agustín!

AGUST. Señor Bertin.

BERT. Vaya usted a la antesala y avise cuando venga alguna cliente. *(Silba aparentando distracción.)*

AGUST. *(Mira socarronamente a Bertin y Jeannette, que vuelve a arreglar las flores haciéndose la distraída. Pausa.)* ¿A la... antesala? *(Vacilando.)* Está bien. *(Vase lentamente hacia la mampara, sin dejar de mirar con malicia a Bertin y a la doncella. Al pasar junto a ésta, le dice en voz baja, con mucha intención:)* Estése quieto, señorito.... *(Ella le mira desdeñosa, mientras él hace mutis. Pausa.)*

BERT. *(Al quedarse solo, se dirige a la doncella, abrazándola.)* ¡Jeannette!

JEAN. *(Dejándose.)* ¡Señorito!

AGUST. *(Saliendo por donde se fué y sorprendiéndoles. Bertin y Jeannette disimulan azorados.)* Se me había olvidado decirle que hay una señora preguntando por don Enrique.

BERT. Que espere.

AGUST. Está bien. *(Mirándolos como antes.)* Voy a la antesala. *(Mutis lento.)*

JEAN. ¡Qué zafio! Cada vez me molesta más la gente ordinaria. *(Bertin se acerca a ella, intentando abrazarla de nuevo; ella se resiste.)* ¡Señorito... que puede volver...

BERT. ¡Qué nos importa!

JEAN. A usted, no; pero a mí, sí. Yo soy una muchacha muy decente y me he criado en muy buenos pañales. Ya sabe usted que mi papá fué capitán de milicianos.

BERT. ¡Vamos, tonta!...

JEAN. ¡No, no, le he dicho a usted que no. *(Resistiéndose. Bertin se separa de ella, dirigiéndose al bureau.)* ¡Estése quieto, señorito!

BERT. ¡Si no te hago nada, mujer!

JEAN. ¡Ah!... Creí que... Como son ustedes tan malos... cualquiera se fía. *(Acercándose a él.)*

BERT. ¿A que no sabes lo que se soñado esta noche?

JEAN. ¿Qué?

BERT. Pues que estábamos los dos en Suiza y que íbamos paseando en lancha por un lago a la luz de la luna...

JEAN. ¡Qué bonito debe ser eso!

BERT. ¡Precioso! Tú te dormías sobre mi regazo y yo te mecía así... así... *(Abrazándola.)*

JEAN. *(Abandonándose.)* ¡Qué poético! *(Lanzando un grito al ver entrar a Bertón.)*

ESCENA III

Dichos y Bertón, elegantemente vestido, por una de las puertas de la izquierda.

BERTON ¡Muy bonito! ¡Ah, Jeannette! ¡Parece mentira! *(Bajo, a Bertin.)* ¡Dedicarte al gremio doméstico!... ¿Y tú presumes de aristócrata?

BERT. *(Titubeando.)* Hombre... yo te...

BERTON No te justifiques. *(Dirigiéndose a Jeannette, que estará en un extremo de la escena, y en voz baja a ella.)* ¿Conque me engañas con Bertin?

JEAN. Señorito... yo...

BERTON Te he sorprendido.

JEAN. Es que me estaba contando un cuento. No me juzgue usted mal. Ya sabe usted que me he criado en muy buenos pañales...

BERTON Sí, y que tu papá fué miliciano; me lo sé de memoria.

ESCENA IV

Dichos y Agustín, que asoma cautelosamente la cabeza por la mampara, y, al ver que no hay "novedad", penetra.

AGUST. Señor Bertin, señor Bertón, ahí está ¡la Milekouska!

B. y BERT. ¿La Milekouska? *(Con entusiasmo.)*

AGUST. La Milekouska.

BERTON ¿La célebre bailarina?

BERT. ¿La rusa?

AGUST. Ella misma. *(Con su socarronería de siempre.)* Dice que viene a hacer... una consulta.

BERTON ¡Que pase, que pase en seguida! ¡La Milekouska! *(Yendo al tocador y perfumán-*

dose precipitadamente con el pulverizador.) La recibiré yo.

BERTON ¡Que tú! ¡Los dos! *(Arrebatándole el pulverizador y perfumándose también.)*

JEAN. *(Aparte, con despecho.)* ¡Los dos! ¡Todos son iguales! *(Mutis primera derecha. Al pasar junto a Agustín, le sonríe. Este la mira con aire de protección y sale por la puerta de mampara. Bertin y Bertón, después de perfumarse repetidamente, se arreglan el peinado, se atusan el bigote, se estiran la ropa, etc., etc. Pausa.)*

ESCENA V

Dichos y la Milekouska, que aparecerá por la puerta de mampara, precedida de Agustín, en el preciso momento en que los pasantes están terminando de acicalarse.

AGUST. Pase la señora. *(La mira codiciosamente y vase.)*

MILEK. ¿Se puede? *(Bertín y Bertón, al verla, dejan precipitadamente de arreglarse y avanzan hacia la puerta para recibirla.)*

BERT. ¡Oh!

BERTON ¡No faltaba más!

MILEK. ¿No está el señor Verdissón?

BERTON No, pero es lo mismo.

BERT. Somos sus pasantes.

MILEK. Entonces... Me entenderé con ustedes.

BERT. ¡Honradísimos!

BERTON ¡Encantados!

BERT. Tome usted asiento. *(Le acercan cada uno una silla.)*

MILEK. Mil gracias. *(Mirando las sillas.)* Pero, ¿en cuál?

BERT. En esta.

BERTON En esta.

MILEK. Para no contrariarles, en las dos. *(Junta*

las sillas y se sienta entre las dos. Bertín y Bertón se colocan a ambos lados de ella, y, colocando un codo en el respaldo, adoptan una actitud donjuanesca.)

BERT. Usted dirá...

BERTON Estamos pendientes de sus labios.

MILEK. El asunto que me trae, ya lo conoce el señor Verdissón. Se trata de la denuncia que presenté contra mi joyero Bruniquel.

BEHT. ¿El de las piedras falsas?

MILEK. El mismo. ¿Se han enterado ustedes?

BERTON ¡Si no se habla de otra cosa en París?

MILEK. Las piedras eran efectivamente falsas, pero no se las compré a Bruniquel. Era simplemente una martingala preparada de acuerdo con el joyero, mediante una gratificación, para buscar el reclamo.

BERT. ¡Ingeniosísimo!

BERTON ¡Maquiavélico!

MILEK. Las artistas somos como los políticos, que de vez en cuando necesitamos dar una campanada para conservar el prestigio de la actualidad.

BERT. Usted siempre estará de moda.

BERTON Y nunca dejará de ser admirada.

MILEK. Son ustedes muy galantes. *(Bertín y Bertón, que han ido animándose, se sientan a ambos lados de la Milekouska.)*

BERT. ¡Encantadora!

BERTON ¡Angelical!

MILEK. ¡Ja, ja! ¡Qué fuego en la expresión. *(Bertón y Bertín suspiran.)*

ESCENA VI

Dichos y Enrique

ENRIQ. *(Entrando por primera derecha.)* ¡Señores! *(Viendo a la Milekouska.)* ¡Olga! *(Bertín y Bertón se levantan rápidamente.)*

MILEK. *(Levantándose. Sin hacer caso de los pasantes y avanzando cariñosamente hacia Enrique, le estrecha la mano.)* ¡Enrique! ¿No dirás que no he cumplido mi palabra?

ENRIQ. No esperaba menos. Pasa, pasa a mi despacho. *(A Bertón.)* Estos autos, que se lleven corriendo al procurador. *(Mutis con la Milekouska, primera derecha, en animado diálogo. Pausa.)*

BERT. ¿Qué te parece? Los autos corriendo. Esto es un atropello. *(Arroja indignado los papeles sobre la mesa.)*

BERTON ¡Es intolerable!

BERT. ¡Ese hombre es un egoísta! ¡Conquista que tenemos, conquista que nos arrebata!

BERTON No nos deja ni una. ¡Estamos haciendo buen papel!

BERT. Por mi parte, voy a despedirme hoy mismo.

BERTON Yo pienso hacer lo propio. *(Pasean agitadamente. Pausa.)*

BERT. *(Aparte.)* Voy a ver lo que hace Jeannette.

BERTON *(Aparte.)* Tendré que volver a la doncella. *(Al iniciar el mutis, aparece Agustín.)*

ESCENA VII

Dichos, Agustín y después Enrique. Agustín entra como buscando a alguien.

BERT. ¿Qué busca usted?

AGUST. Al señor.

BERT. Tiene visita.

AGUST. Es que hay una señora que pregunta por él. Ha venido ya dos veces y dice que quiere hablarle con urgencia.

BERTON *(Con intención.)* ¿Qué tal...?

AGUST. No he podido verle la cara, porque lleva un velo muy túpido, pero, a juzgar por

los alrededores debe ser *(silba significando admiración)* una porcelana.

BERT. Que pase.

BERTON Que pase en seguida. *(Aparte a Bertín.)* Esta si que no se escapa.

AGUST. *(Vacilando.)* El caso es que me ha dicho que sólo quiere ver al señor.

BERT. ¿También esta?

BERTON Como todas. ¡Cuando digo que voy a despedirme!

AGUST. ¿Está el señor en su despacho?

BERTON Sí.

AGUST. ¿Tienen ustedes la bondad de avisarle?

BERT. *(Indignado.)* ¿Nosotros?

AGUST. Como a mí me ha prohibido que le moleste cuando tenga visita....

BERTON Avísele, avísele usted. ¡No faltaba más!

AGUST. *(Se dirige a la puerta y, cuando va a llegar, se arrepiente.)* No, no me atrevo. Ustedes que tienen más confianza, debían...

BERTIN ¿Nosotros? ¡Estaría bueno! *(Pausa.)*

ENRIQ. *(Saliendo por la primera izquierda.)* Bertín, Bertón, si viene alguna cliente... *(A Agustín que intenta hablarle.)* ¿Qué sucede?

AGUST. Hay una señora que pregunta por el señor.

ENRIQ. *(A Bertín y Bertón.)* Pueden ustedes recibirla.

AGUST. Dice que es asunto de mucha reserva y que desearía hablar sólo con el señor.

ENRIQ. ¿Conmigo?

AGUST. Eso me ha dicho. Es una dama misteriosa.

ENRIQ. ¿Misteriosa? Bueno. *(A Bertín y Bertón.)* Hagan ustedes el favor de entretener a la Milekouska, mientras yo atiendo a esa señora.

BERT. y BERTON Con mucho gusto. *(Vanse precipitadamente por la primera izquierda, retorciéndose el bigote.)*

ENRIQ. Que pase esa dama misteriosa. *(Se dirige al tocador, perfumándose y retocando su indumentaria.)*

ESCENA VIII

Marta y Enrique

MARTA *(Aparece, precedida de Agustín. Viste de negro y lleva la cara cubierta con un velo muy tupido.)*

AGUST. *(Admirándola. Aparte.)* ¡De Sévres! *(Mutis.)*

ENRIQ. Señora... *(Marta, leve inclinación de cabeza.)* Tenga la bondad... *(La invita a sentarse.)* Usted me dirá a qué debo el honor... *(Marta se descubre la cara.) (Sorprendido.)* ¡Marta! ¿Tú?

MARTA ¿Le extraña a usted verme aquí?

ENRIQ. Sí... no... te diré, no podía imaginarme que tú... ¿pero cómo te has decidido a venir a mi casa?

MARTA Vengo al bufete del abogado. *(Con intención.)* Sé que es usted el defensor más famoso de las mujeres, y deseo consultarle.

ENRIQ. Pero tutéame, Marta.

MARTA Soy la Condesa de Castillo Rubio.

ENRIQ. ¡Bah! Aunque la ley nos separó, tu siempre serás para mí, Marta, ¡mi Marta!

MARTA Espero que me tratarás con el respeto debido a una mujer casada...

ENRIQ. Sí, casada... y con un hombre a quien odio sin conocerle. No creas que se me olvida.

MARTA ¿Qué dices?

ENRIQ. ¡Que tengo celos!

MARTA ¿Ahora? ¡Ja, ja!

ENRIQ. Sí, no te rías. Estoy celoso como un Otelo al pensar que eres de otro...

MARTA ¿Y de quién es la culpa?

ENRIQ. Mía, ya lo sé, pero también tuya, que tuviste el orgullo de no querer perdonar una

ligereza, cuando perdonar es el mayor orgullo del querer.

MARTA Si pudiera siempre nuestro corazón más que nuestro orgullo...

ENRIQ. ¿Eso dices ahora? Si hubieras pensado así antes, no habría yo sufrido el tormento de verte convertida en la mujer de otro...

MARTA ¿Tormento? *(Incrédula.)*

ENRIQ. Sí, tormento, tortura espantosa. Hasta que supe que pertenecías a otro hombre, no aprecié todo lo que había perdido. Desde entonces pensé más en ti, te deseé más que nunca y hubiera dado la vida por que volvieras a ser mía... *(Con pasión.)*

MARTA No te creo.

ENRIQ. Te hablo de corazón. *(Pausa. Enrique mira con pasión a Marta; ésta sostiene un momento su mirada y acaba por bajar los ojos. Enrique se acerca más a ella y continúa con tono más apasionado y con un ligero tinte de emoción.)* ¿Te acuerdas de nuestro viaje de novios?... ¿De nuestra estancia en casa de la tía Evangelina? ¡El templo de nuestra felicidad!...

MARTA *(Con emoción.)* ¡No es tan fácil olvidarse...! *(Pausa.)* Oye, ¿qué dijo tu tía cuando supo...?

ENRIQ. ¿Nuestro divorcio? Lo ignora.

MARTA ¿Cómo? ¿No se lo has dicho?

ENRIQ. No; comprendí que le hubiera hecho mucho daño a la pobre.

MARTA Tienes razón. ¡Tan buena, tan cariñosa!... *(Pausa.)* ¿De modo que en Poitiers todo el mundo nos cree todavía... casados?

ENRIQ. Todavía.

MARTA Es gracioso. *(Pausa. Enrique vuelve a mirar apasionadamente a Marta. Esta baja la vista.)*

ENRIQ. Y tú, ¿eres muy feliz en tu nuevo matrimonio?

MARTA *(Con un gesto que indica lo contrario.)* Sí.

ENRIQ. Tus ojos me dicen que no...

MARTA (*Con resolución.*) Mira, la verdad, ¿para qué te voy a engañar? No, no soy feliz... Por eso he venido a verte.

ENRIQ. (*Con sorpresa.*) ¿Cómo?

MARTA Para que me aconsejes lo que debo hacer. Quiero divorciarme de mi marido.

ENRIQ. (*Con alegría.*) ¿De veras?

MARTA Sí, estoy decidida.

ENRIQ. (*Cogiendo la mano de Marta, loco de alegría.*) ¡No sabes la alegría que me das!

MARTA (*Retirando la mano.*) ¡Por Dios, Enrique! ¡Que soy una mujer casada!

ENRIQ. (*Con pasión.*) ¡Qué importa! ¡Si has de volver a ser mía!

MARTA No, no, déjame. No puede ser. Lo nuestro ya pasó. Ahora somos otros.

ENRIQ. Yo soy siempre el mismo para quererte, para adorarte...

MARTA ¡Enrique!

ENRIQ. (*Intentando abrazarla.*) ¡Marta! ¡Marta mía!...

MARTA (*Huye de él, consiguiendo rechazarle.*) ¡No! (*Avanza rápidamente hacia la mesa y toca un timbre que habrá sobre la misma.*)

ENRIQ. ¿Qué haces?

ESCENA IX

Dichos y Agustín

AGUST. (*Entrando.*) ¿Ha llamado el señor?

ENRIQ. No... digo... sí...

MARTA Haga el favor de traerme un vaso de agua.

AGUST. (*Contemplándolos, con gesto picaresco.*) Con mucho gusto, señora. (*Vase.*)

MARTA Y ahora, siéntate ahí lejos, con formalidad.

ENRIQ. Vamos, no seas niña... (*Queriendo acercarse.*)

MARTA (*Cariñosa, pero enérgica.*) ¡Ahí, ahí! (*Señalándole una silla que está cerca de la mesa.*)

ENRIQ. ¡Qué tontería! (*Se sienta en ella. Marta en otra al otro lado.*)

MARTA ¡Así! (*Sale Agustín con un vaso de agua en una bandejita. Marta lo bebe.*) Gracias.

AGUST. (*Haciéndose el remolón y sin dejar su gesto picaresco.*) ¿Hay que traerle algo al señor?

ENRIQ. ¡Déjame en paz! (*Agustín hace mutis, volviendo la cabeza dos o tres veces. Pausa.*)

ESCENA X

Marta y Enrique. Después Bertín

MARTA Tienes una casa muy bonita.

ENRIQ. (*Con seriedad cómica.*) ¡Pchs!

MARTA Es más alegre que la nuestra de entonces. Aquella, con el decorado tan severo, era demasiado tristona... ¿verdad?

ENRIQ. Sí... (*Pausa.*)

MARTA Y qué, ¿trabajas mucho?

ENRIQ. Sí.

MARTA Hijo, qué serio te has vuelto de repente.

ENRIQ. Me has exigido formalidad.

MARTA Así me gusta.

ENRIQ. ¡A mí no! (*Pausa. Enrique se levanta de la silla, acercándose poco a poco a Marta, que se pone de pie. El la mira apasionadamente, cogiéndola una mano. Ella esta vez no opone resistencia. En esto aparece Bertín por la primera izquierda. Marta al verle lanza un grito, cubriéndose rápidamente el rostro con el velo, antes de que él pueda reconocerla.*)

BERTIN Perdón.

ENRIQ. (*Desconcertado, a Bertín.*) ¿Qué hay?

BERTIN (*Aparte a Enrique.*) La Milekouska que

se impacienta. Dice que como no entre usted que sale ella.

ENRIQ. Entreténganla.

BERTIN Yo no respondo. Está hecha una furia. *(Observando a Marta, mientras hace mutis.)* ¿Quién será? *(Vase.)*

ESCENA XI

Marta y Enrique. Al final la Milekouska.

MARTA ¿Ves? Nos ha sorprendido; tenemos muy poca formalidad... *(Pausa.) (Enrique vuelve a acercarse a Marta, cogiendo su mano nuevamente. Suplicante.)* ¡Por Dios, Enrique, déjame! Ten presente que aún debo respeto a mi marido.

ENRIQ. No nubles mi alegría de haberte vuelto a ver con el recuerdo de que eres de otro.

MARTA *(Con decisión.)* No, eso no. Yo no he sido de nadie más que tuya, puedes creerme.

ENRIQ. ¿De veras?

MARTA ¡Te lo juro!... No puedo ser de nadie. Es muy difícil borrar el recuerdo del primer amor. Por eso quiero divorciarme.

ENRIQ. Haces bien. Yo te separaré de ese hombre cuanto antes, a toda costa. Ya tengo pensada la fórmula.

MARTA ¿Cuál es?

ENRIQ. Escaparnos.

MARTA No, eso es una locura.

ENRIQ. ¿Por qué?

MARTA Sería promover el escándalo.

ENRIQ. ¿Qué te importa? ¿No has de volver a ser mi mujer?

MARTA Aunque así fuera, es una imprudencia. Yo debo conservar hasta el fin mi dignidad de esposa.

ENRIQ. Esos son formulismos sociales. *Suplicante.)* Vamos, decídete.

MARTA *(Pensativa.)* ¡Es una locura!

ENRIQ. *(Con mimo.)* Anda, tontita, di que sí...

MARTA *(Vacilando, hasta que por fin accede.)* Haces de mí lo que quieres. No tengo voluntad. Sea.

ENRIQ. *(Abrazándola, loco de alegría.)* ¡Soy el hombre más feliz de la tierra! Voy a mandar prepararlo todo para marcharnos en seguida.

MARTA Pero... ¿cómo? ¿así?

ENRIQ. ¡Claro!

MARTA Es muy precipitado. Yo también tengo que prevenir mis cosas; además mi marido se marcha hoy de París por ocho días.

ENRIQ. Eso favorece nuestro plan.

MARTA Sí, pero es conveniente que yo justifique mi ausencia.

ENRIQ. Telefoneas.

MARTA No es prudente. Lo mejor será que vaya a casa, avise a mis criados y una vez preparado el maletín, vuelva.

ENRIQ. Como gustes, pero no tardes.

MARTA Vengo en seguida. *(La Milekouska aparece por la primera izquierda.)*

ENRIQ. Yo entre tanto pensaré el lugar donde hayamos de ir.

MARTA ¡Qué locos somos!

ENRIQ. *(Llevándola cariñosamente de un brazo hasta la puerta derecha.)* Sal por aquí, por la escalera reservada.

MARTA Es mejor.

ENRIQ. No tardes.

MARTA Menos de una hora. Adiós. *(Mutis de Marta al talento de la actriz.)*

ENRIQ. Te espero impacientísimo. *(Se queda un momento en la puerta, viéndola marchar.)*

MILEK. ¡Enhorabuena!

ENRIQ. *(Volviéndose.)* ¿Eh?

MILEK. ¡Que sea enhorabuena!

ENRIQ. Olga... yo te explicaré...

MILEK. Es inútil, no vengo más que a despedirme. *(Con mucha ironía.)* No sabía yo que cuando citaba usted a una dama era para

entretenerla con la conversación de dos pasantes tontos...

ENRIQ. ¡Olga...!

MILEK. No, si comprendo que está usted muy ocupado, además, como no quiero turbar su felicidad, me retiro.

ENRIQ. Pero...

MILEK. *(Iniciando el mutis.)* Buen viaje, y que sea usted muy dichoso con esa... señora... ¡Ja... Ja... Ja...! ¡Hasta la vista! *(Hace mutis por la mampara, sin dejar su risa de despecho, disfrazado de ironía.)*

ESCENA XII

Enrique

ENRIQ. *(Queda un momento pensativo, pero reacciona en seguida como desechando una idea.)* ¡Se va! ¡Mejor! De todos modos, la única que me interesa de verdad es Marta. ¡Qué felicidad! Estoy como si tuviera veinte años. Me siento más joven. Y ella también está joven y bonita. *(Toca el timbre.)* ¡Vaya si lo está! *(Pausa.)*

ESCENA XIII

Dicho y Agustín

AGUST. *(Al entrar. Aparte.)* ¿Voló la pájara? *(Alto.)* ¿Llamaba el señor?

ENRIQ. *(Jovialmente.)* Sí, Agustín, vas a prepararme la maleta.

AGUST. ¿Se va el señor?

ENRIQ. Me parece que sí.

AGUST. ¿Pongo traje de calle, de etiqueta, o la toga?

ENRIQ. No, traje de campo.

AGUST. ¡Ah! ¿Va al campo el señor?

ENRIQ. Eso es. Una vez hecha la maleta irás a buscar un coche y que espere en la esquina, ¿entiendes? *(Mirando a Agustín que sonríe maliciosamente.)* ¿Pero qué te pasa?

AGUST. Nada. Tengo envidia al señor.

ENRIQ. ¿A mí? ¿Por qué?

AGUST. *(Con su acostumbrado guiño picaresco, señalando a la puerta por donde salió Marta.)* Porque... es una escultura.

ENRIQ. *(Indignado.)* ¡Animal! Si te permites otra familiaridad semejante, te echo a la calle a puntapiés.

AGUST. *(Con afectada solemnidad.)* Perdone el señor. *(Sale ceremonioso y pausado.)*

ESCENA XIV

Enrique, a poco Bertín y Bertón

ENRIQ. Este imbécil se toma unas confianzas... *(Llamando.)* ¡Bertín! ¡Bertón! Voy a advertir a éstos de mi viaje a la gloria.

BERTIN *(Saliendo.)* Don Enrique...

BERTON *(Id.)* ¿Qué desea usted?

ENRIQ. Dos palabras. Tengo que hacer un viajecillo para un asunto muy importante. *(Frotándose las manos.)* ¿Saben? *(Bertín y Bertón, cambian miradas de inteligencia.)*

BERTON Compenetrados.

ENRIQ. Salgo dentro de una hora. *(Los pasantes se dan con el codo.)* ¿Pero qué hacen ustedes?

BERTON ¿Yo...?

BERTIN ¿Yo...?

ENRIQ. Sí, usted, y usted. Son muy mal pensados. Se trata de un asunto profesional.

BERTIN ¡Ah! *(Exageradamente.)*

BERTON ¡Ah! *(Id.)*

ENRIQ. *(Remedándolos.)* ¡Ah!

BERTIN *(Cortado.)* ¿Y tardará usted mucho?

ENRIQ. *(Maquinalmente.)* Unos ocho días. Hasta que vuelva el marido

LOS DOS *(A un tiempo y con tono solemne.)* ¿El marido?

ENRIQ. *(Azorado.)* ¿Qué marido? ¿Quién ha hablado aquí de marido?

BERTON *(Con cortedad.)* Usted mismo...

BERTIN *(Id.)* Justo, usted...

ENRIQ. ¿Yo? Es verdad, pero eso entra en el secreto profesional. ¿Puedo contar con ustedes durante mi ausencia?

BERTON No tiene usted que decirnos nada.

ENRIQ. Pues ya lo saben. Den curso a los asuntos pendientes y si se presenta alguna nueva litigante, cualquiera que sea su caso, lo aceptarán como bueno para la defensa. ¿Entendido? *(Los pasantes afirman y cuando van a lanzar su acostumbrado monosílabo, Enrique les ataja diciendo.)* Pues ni media palabra. Sigan trabajando.

BERTIN A sus órdenes.

BERTON Usted mande... *(Ya en la puerta, bajo a Bertín.)* Hay marido por medio...

BERTIN *(A Bertón.)* Este hombre es terrible. *(Mutis los dos.)*

ESCENA XV

Enrique, después Gottardón.

ENRIQ. Ahora, a ver la Guía de Ferrocarriles. *(Coge una del bureau y la hojea.)* Veamos un sitio fresco, poético y solitario... Versalles... Charleroi... Pont... *(Dejando la guía.)* Mejor será que elija ella misma. *(Mirando su reloj.)* Aún tengo tiempo mientras vuelve de recibir a alguna cliente. *(Se asoma a la manpara.)* Señora... ¿Tiene usted la bondad de pasar?

GOTTA. *(Apareciendo en la puerta.)* Perdone usted, caballero, me toca a mí.

ENRIQ. *(Extrañado.)* ¡Un hombre!

GOTTA. Esta mañana vine a pedir consulta, me dijeron que había que guardar turno y me dieron el número 10. Supongo que poseyendo el décimo, no tendrá usted inconveniente en que ahora me toque.

ENRIQ. Ninguno. Pase usted. *(Aparte.)* Qué tipo más extravagante. *(Alto.)* Siéntese.

GOTTA. Agradecidísimo. *(Se sienta y se levanta en seguida.)* ¿Tengo el gusto de hablar con el ilustre jurisconsulto señor Mirebeau?

ENRIQ. No, señor. Mirebeau me cedió su clientela hace ocho meses.

GOTTA. Es lo mismo. La elección de dicho señor es para mí suficiente garantía. *(Pausa.)*

ENRIQ. Le escucho.

GOTTA. *(Tose, se estira los puños, etc.)* Yo nací en un bosque de cocoteros una mañana del del mes de abril.

ENRIQ. Muy poético.

GOTTA. Bueno, esto no tiene relación, afinidad ni concordancia con el caso, pero es un detalle. Seré breve. *(Pausa.)* Mi tierna pubertad se deslizó plácida y amorosa con fragancias de primavera; suave como la seda, transparente como el tul... *(Transición.)* Perdone usted que le hable de tul, pero no tengo otro remedio: es otro detalle.

ENRIQ. *(Aparte.)* Este hombre es un plomo.

GOTTA. Pues bien, caballero, yo hubiera sido un hombre feliz, de no haber surgido en mi camino una mujer. ¡Oh, la mujer! Ya lo dijo el filósofo: "La razón y la prudencia son incompatibles en el alma femenina", Catón. "El hombre es un pez espada que cuando cae en la red de la mujer, se convierte en atún", Homero.

ENRIQ. *(Con sorna.)* Veo que conoce usted bien los clásicos.

GOTTA. Me los sé de memoria. Sófocles, Eurípides,

Plinio, Cyrano de Bergerac... han sido mis consejeros. ¿A usted cuál le gusta más?

ENRIQ. *(Con indiferencia.)* A mí, Sófocles, ¿y a usted?

GOTTA. A mí, Plinio. Culturalmente ha sido mi nodriza. *(Estornuda ridículamente.)* ¡Atchis! Ya empezamos.

ENRIQ. ¿Qué dice usted?

GOTTA. Que ya empezamos. Cualquier corriente de aire, me hace estornudar de una manera alarmante, y lo mismo me dura esto diez minutos, que cinco o seis horas. ¡Atchís!

ENRIQ. ¡Pues sí que es un consuelo. Este tipo me me va a estropear la combinación.

GOTTA. Ya pasó, ya pasó. Tras la tempestad, viene la calma.

ENRIQ. Bien, señor mío, yo le suplico que me exponga en definitiva su asunto.

GOTTA. Tiene usted razón, voy a entrar al momento en materia. Seré breve. *(Pausa.)* ¡Ah, caballero! Yo soy un ser desventurado, soy un infeliz... soy... ¿qué soy?

ENRIQ. *(Distraído.)* Miércoles.

GOTTA. Me refiero a mi sino, caballero. Soy desgraciadísimo. *(Pausa.)* Aquí, donde usted me ve, yo me casé hace poco, provisto de un espléndido equipo de boda, con una preciosa mujer, recientemente divorciada. Verificado el desposorio, fuimos a pasar la luna a un lugar delicioso, solitario, poético... un vergel de flores; un paraíso ideal para un viaje de amor, aislado del mundo ruidoso.

ENRIQ. *(Aparte.)* ¡Caramba, esto me conviene! *(Alto.)* ¿Con que un paraíso? ¿Y está muy lejos de París ese lugar?

GOTTA. A 30 kilómetros, 452 metros, por la línea de Versalles.

ENRIQ. ¿Su nombre?

GOTTA. Saint Cloud.

ENRIQ. Saint Cloud. *(Apuntándolo.)* Decididamente es lo que me conviene.

GOTTA. ¿Cómo?

ENRIQ. Es lo que me conviene saber para hacerme cargo.

GOTTA. *(Aparte.)* He aquí un abogado concienzudo. Apunta los menores detalles.

ENRIQ. *(Consultando la guía.)* El tren sale a las cinco y media. Perfectamente. Hay tiempo.

GOTTA. ¿Tiempo? ¿De qué?

ENRIQ. Siga, siga, son comentarios míos, datos para la defensa. Continúe, que le escucho.

GOTTA. Nuestra entrada en el paraíso fué un poema bucólico. Por la tarde merendamos en un cenador; por la noche cenamos en un merendero. Luego al regresar al hotel, sobrevino la hecatombe. Cuando intenté prodigar las caricias naturales de todo amante esposo, mi señora que grita, y que me rechaza.

ENRIQ. ¡Hombre, es divertido eso!

GOTTA. Para usted lo será, pero para mí no.

ENRIQ. ¿Y usted no protestó?

GOTTA. Fué inútil. Ella contestó a mis protestas con estas palabras: "El hecho de pertenecer a otro hombre viviendo mi primer marido, me colocaría a mis propios ojos en el lugar de una cualquiera." Y aquí me tiene usted, caballero, que para mí la luna sigue en cuarto menguante.

ENRIQ. Entonces, ¿usted...?

GOTTA. Mitológico completamente. Por este motivo he venido a pedirle su opinión

ENRIQ. Pues mi opinión es que su señora al rechazarle, ha sentado un principio de sana moral.

GOTTA. *(Levantándose como movido por un resorte.)* ¿Cómo?

ENRIQ. Sí, señor, Ella, al negarse a su segundo marido, es la redentora de una sociedad despreocupada que cree que la mujer puede pasar de dueño en dueño, como objeto adquirido en un mercado.

GOTTA. *(Asombrado.)* ¡Pero caballero!
ENRIQ. Esa mujer, no sólo debe ser absuelta, sino glorificada, santificada.
GOTTA. Basta, señor mío; veo que en vez de admitir mi defensa, toma usted la de mi señora.
ENRIQ. Es mi especialidad. Además, ¿sabía yo cuál era su caso?
GOTTA. Podía usted haberlo advertido antes. ¿Sus honorarios?
ENRIQ. No hablemos de eso. Me basta con que si presenta usted la demanda me recomiende usted a su esposa para que la defienda en el litigio.
GOTTA. *(Indignado.)* ¡No faltaba más! Yo mismo procurándola defensor! Caballero, beso a usted la mano.
ENRIQ. Igualmente.
GOTTA. *(Aparte.)* ¡Y para esto me he gastado un dineral en el equipo de boda! ¡Para hacer este papel!... Está visto que no ando más que de tropiezo en tropiezo. *(Tropieza con una silla.)*
ENRIQ. Que se va usted a caer.
GOTTA. Con todo el equipo, sí, señor. Repito... ¡Atchís! *(Hace mutis por la puerta de manpara, sin dejar de estornudar.)*

ESCENA XVI

Enrique y Agustín

ENRIQ. ¡Ja, ja, qué tipo más gracioso! *(Toca el timbre y aparece Agustín.)* ¿Está lista la maleta?
AGUST. Sí, señor.
ENRIQ. ¿Y el coche?
AGUST. Esperará en la esquina.
ENRIQ. Bueno. Cuando venga la señora Condesa de Castillo Rubio, hazla pasar en seguida.
AGUST. ¿La señora Condesa de Castillo Rubio?

¡Ah! ¿La dama misteriosa es la Condesa de...

ENRIQ. Es quien a ti no te importa.

AGUST. Está bien, señor. *(Aparte.)* ¡La Condesa de Castillo Rubio! ¡Hasta la aristocracia! *(Mutis.)*

ENRIQ. *(Consultando el reloj.)* Se acerca la hora. Ya no debe tardar. Voy a ultimar los pequeños detalles.

ESCENA XVII

Enrique y Pimponet, después Agustín

PIMPO. *(Asoma la cabeza por la mampara y después de decir "Cú-cút!" se esconde y vuelve a asomarse.)* ¡Cú-cút! ¡ja, ja!

ENRIQ. *(Aterrado al verle.)* ¡¡Pimponet!!

PIMPO. *(Entrando.)* Qué sorpresa, ¿eh? qué sorpresa. Dame un abrazo. *(Se arroja sobre Enrique estrujándole con fuertes abrazos.)*

ENRIQ. *(Aparte.)* Este me extraplana. *(Alto.)* Basta, hombre, basta.

PIMPO. No me esperabas, ¿verdad?

ENRIQ. En efecto.

PIMPO. Ya veo que habéis cambiado de domicilio. No me has dicho nada.

ENRIQ. Se me olvidó.

PIMPO. Gracias al portero de la otra casa, que me ha dado las señas, y aquí me tienes. ¡Ja, ja, ja!

ENRIQ. ¡Qué gracioso!

PIMPO. Quien, ¿el portero?

ENRIQ. Usted.

PIMPO. Ya lo ves, chico, como siempre. Apropósito: ¿a qué no sabes en que se parece...

ENRIQ. *(Tapándole la boca rápidamente.)* ¡No, por Dios! ¡No estoy ahora para chistes!

PIMPO. Te advierto que es definitivo.

ENRIQ. Ya me lo contarás en otra ocasión. ¿Y

cómo otra vez por París? ¿Le han nombrado ya recaudador?

PIMPO. ¡Quién piensa en eso! Desistí porque no era negocio. En el pueblo nadie paga la contribución. Ahora he venido por un asunto de más alto vuelo. Soy inventor. Sí, chico, he ideado un invento muy gracioso, y he venido a patentarle. ¡Je, je! *del bolsillo.)* Pimponetina estornudante. Mira: *(Mostrándole una cajita que saca del bolsillo.)*

ENRIQ. ¿Y eso que es?

PIMPO. La mejor distracción para reuniones, bodas y bautizos. Contiene alcanfor, mostaza, sal de higuera y pacholí. Con estos polvos hay risa para todo el año. ¡Ja, ja! Se esparcen en cualquier habitación donde hay gente y a los seis segundos justos, empiezan todos a estornudar a coro, como por arte de encantamiento. Es una cosa muy divertida. ¡Ja, ja! La semana pasada en el Ayuntamiento del pueblo hice suspender la sesión. No te digo más. Huele, huele para que te convenzas.

ENRIQ. *(Rechazándole.)* ¡Haga usted el favor, hombre!

PIMPO. ¿No quieres probar mi invento? Tú te lo pierdes... Es matemático... A los seis segundos... *(Agustín cruza la escena.)* Apropósito, ahora verás. *(A Agustín.)* Oiga, acérquese.

AGUST. ¿Qué desea el señor?

PIMPO. Huela usted aquí. *(Dándole a oler la cajita.)* Uno., dos, tres, cuatro, cinco, seis...

AGUST. *(Estornudando formidablemente.)* ¡Atchís!

PIMPO. ¿Eh? Matemático. No me falla uno. *(A Agustín.)* Puede usted retirarse. *(Agustín hace mutis sin salir de su asombro.)* ¿Qué te parece?

ENRIQ. Maravilloso. *(Aparte.)* Yo echo a este pelma antes de que vuelva Marta. *(Alto.)*

Bueno, y ¿cuándo regresa usted a Poitiers?

PIMPO. Esta misma tarde.

ENRIQ. ¿Y para qué se ha molestado en venir aquí? Tendrá usted encargos que hacer... Váyase, no se detenga...

PIMPO. ¡Qué cariñoso! Siempre el mismo. Te lo agradezco, hijo mío, pero todo lo tengo hecho, me quedaré hasta el último tren, por complacerte.

ENRIQ. *(Aparte.)* ¡Es lo único que me faltaba!

PIMPO. ¿Y tu mujer?

ENRIQ. *(Maquinalmente.)* ¿Qué mujer?

PIMPO. Marta.

ENRIQ. ¡Ah! Ha salido.

PIMPO. ¿Hace mucho?

ENRIQ. Quince meses.

PIMPO. ¿Cómo?

ENRIQ. Quince minutos. Ha ido a casa de unas amigas, al campo. No volverá hasta media noche.

PIMPO. Entonces ¿no la veré?

ENRIQ. No.

PIMPO. Lo siento. *(Dando un grito de pronto, como si tuviera una idea.)* ¡Ah!

ENRIQ. *(Asustado.)* ¿Qué?

PIMPO. A qué no sabes lo que se me ha ocurrido. Puesto que tu mujer no volverá hasta media noche, se me ocurre que yo pierda el tren y que nos vayamos los dos a comer a un restaurant, ¿eh?

ENRIQ. Se lo agradezco, pero no puedo.

PIMPO. No admito réplicas. Conmigo no se gastan cumplidos. Yo convido, ¡andando!

ENRIQ. *(Aparte.)* No hay remedio. Este es capaz de llevarme arrastras. *(Alto.)* Bueno, acepto, pero vaya usted delante. Tengo que recibir a un cliente que tengo citado y firmar unas minutas. Podemos reunirnos en un café dentro de media hora.

PIMPO. Te aguardo en Oriente, pero no tardes, ¿eh?

ENRIQ. Voy en seguida. *(Aparte.)* Espérame sentado.

PIMPO. *(Medio mutis.)* Apropósito: ¿a que no sabes en qué se parece un teatro de Italia a un melón cuando se parte?

ENRIQ. ¡Se salió con la suya!

PIMPO. Pues en que lo uno Scala de Milán y lo otro es cala de melón, ¡ja, ja, ja!

ENRIQ. ¡Ande usted y que le fusilen! *(Pimponet hace mutis por la mampara.)* ¡Gracias a Dios! ¡Me he librado de buena! Cuando quieras volver ya estaremos lejos de aquí. ¡Hombre plomo! *(Se oyen dentro voces y risotadas de Pimponet.)*

ESCENA XVIII

Enrique, Pimponet, Marta y después Agustín.

PIMPO. *(Aparece por la manpara trayendo de la mano a Marta, que viene muy azorada.)* Mira a quien te traigo. ¡Ja, ja! ¿No decías que no volvería hasta media noche?

ENRIQ. ¡Marta! ¡La catástrofe!

PIMPO. Me la he encontrado en el recibimiento. *(A Marta.)* ¿Cómo ha regresado usted tan pronto?

MARTA *(Azorada.)* ¿Eh?

ENRIQ. *(Azorado.)* Este lo estropea todo. *(Rápido a Marta.)* Sí, acabo de decir a Pimponet que habías ido al campo a casa de tus amigas y que te quedarías allí, ¿comprendes? *(Haciéndola señas.)*

MARTA ¿Al campo? *(Comprendiendo.)* ¡Ah, sí!

ENRIQ. Seguramente un contratiempo te ha hecho volver en seguida, ¿verdad?

MARTA Sí, justo. Un contratiempo.

ENRIQ. ¿Ve usted? Un contratiempo.

MARTA *(Aparte a Enrique.)* ¿No sabe nada del divorcio?

ENRIQ. No, disimula.

AGUST. *(Entra llevando un maletín.)* El lacayo me ha entregado este maletín para la señora Condesa de Castillo Rubio. *(Por Marta, que hace un gesto de contrariedad.)*

PIMPO. ¿Señora Condesa?

ENRIQ. *(Cogiendo el maletín rápidamente.)* Vete. *(Mutis Agustín.)*

PIMPO. ¿Pero es usted Condesa de Castillo Rubio?

ENRIQ. *(Atajándole.)* Sí, es un título que ha heredado Marta hace unos meses.

PIMPO. No sabía una palabra.

ENRIQ. No se lo hemos dicho a nadie.

PIMPO. Enhorabuena, señora Condesa.

MARTA Gracias.

PIMPO. Bueno, pues ya que ha llegado usted tan oportunamente y estamos los tres reunidos, vamos a celebrarlo al restaurant. Yo os invito.

MARTA *(Con temor, mirando a Enrique.)* ¿Al restaurant?

ENRIQ. No. Mi mujer tiene horror a los restaurants.

MARTA. Me molestan.

PIMPO. Pues nada de violencias. Me quedo yo a comer con vosotros y listo.

MARTA ¿Aquí?

PIMPO. Sí, aquí.

ENRIQ. Es que...

PIMPO. Nada de cumplidos. Yo como lo que haya y se acabó. Ea!, vamos, que tengo apetito. ¿Por dónde?

MARTA Pero...

ENRIQ. *(Decidido.)* Un momento. Ya es hora de que le confiese a usted la verdad. *(Marta le mira con temor.)* En la vida del matrimonio, hay instantes en que necesita uno huir del mundo. Esos momentos para Marta y para mí, eran hoy, mañana, pasado y hasta la semana próxima. En una palabra, que cuando usted llegó me disponía a "raptar" a mi mujer.

PIMPO. ¿Pero todavía? Ni una palabra más, hijos míos. ¿Por qué no me lo dijisteis antes? Para mí sería un crimen retrasar vuestro plan.

MARTA *(Alegremente.)* ¿De veras?

PIMPO. Ya lo creo. ¿Y dóndé vais a saborear vuestro idilio, picarones? *(Dando un golpecito en el vientre a Enrique.)*

ENRIQ. A Saint... *(Aparte.)* No, éste sería capaz de ir a darnos una sorpresa. *(Alto.)* No sabemos aún. A cualquier parte. A un sitio donde nadie nos moleste. *(Marta y Enrique se miran cariñosamente.)*

PIMPO. *(Contemplándolos con cara bonachona.)* *(Dando un grito como antes.)* ¡Ah!

ENRIQ. y MARTA *(Asustados.)* ¿Qué?

PIMPO. Una idea maravillosa.

ENRIQ. *(Aparte.)* ¡Adiós!...

PIMPO. ¿Vosotros queréis revivir los primeros días de vuestro matrimonio, lejos de este bullicio?

ENRIQ. Justamente.

PIMPO. ¿Por qué no venís a Poitiers?

ENRIQ. y MARTA *(Mirándose.)* ¡Poitiers!

PIMPO. Es lo más a propósito para recordar. Desde que os casasteis, no habéis vuelto a poner allí los pies. Sois unos ingratos.

ENRIQ. Tiene usted razón.

PIMPO. Me parece que no lo pasasteis tan mal.

ENRIQ. Al contrario. Nuestra memoria conserva de Poitiers un recuerdo inolvidable. Fué nuestro primer nido de amor. *(Marta baja los ojos.)*

PIMPO. Pues ese nido está vacío y os espera.

ENRIQ. *(A Marta.)* ¿Qué te parece?

MARTA Tú verás, pero la tía Evangelina...

PIMPO. Esa es la única contrariedad. Hace dos días que salió para Burdeos a pasar una temporadita en casa de su amiga doña

Eduvigis; pero yo la escribiré cuatro letras y veréis cómo regresa en seguida.

MARTA (*Rápida.*) No, no, no hace falta.

ENRIQ. En todo caso ya le avisaríamos desde allí.

PIMPO. Como queráis. Bueno, qué, ¿os decidís?

ENRIQ. (*Después de cruzar una mirada de inteligencia con Marta.*) Sí, resueltamente, vamos a Poitiers. Ha tenido usted una idea feliz.

PIMPO. Como todas las mías. A propósito...

ENRIQ. y MARTA (*Interrumpiéndole rápidamente.*) ¡¡No!!

PIMPO. ¡Que no es chiste! A propósito... Dentro de una hora sale un tren que es el mejor para efectuar el viaje.

ENRIQ. Entonces no hay tiempo que perder. Lo nuestro está todo preparado. No tenemos más que coger la maleta y tomar el coche que nos espera en la esquina.

PIMPO. Pues andando.

ENRIQ. Salgamos por aquí. (*Primera derecha.*)

PIMPO. ¡Ah! Ahora que recuerdo. Antes de salir tengo que poner dos letras a la Agencia que me gestiona la patente. Son cinco minutos.

ENRIQ. Nosotros, mientras tanto, iremos a comprar unas chucherías y nos dirigiremos a la estación. Allí le esperaremos. No tarde.

PIMPO. Os alcanzo en seguida.

MARTA Hasta ahora. (*Mutis Marta y Enrique primera derecha.*)

PIMPO. (*Viéndolos marchar.*) ¡Hasta ahora, hijos míos! ¡Sed buenos! ¡Ja, ja! Qué parejita... cómo se arrullan. (***Bajando.***) Bueno, yo me he quedado aquí con el pretexto de escribir a la Agencia, pero lo que voy a hacer es poner un telefonema a la tía Evangelina. Se me ha ocurrido una broma estupenda. Voy a redactarlo. (***Se sienta ante el bureau y escribe.***) Evangelina Verdissón. Burdeos. Asilo incendiado. Niños

bizcos ardiendo. Salga primer tren. El Alcalde.—Menuda sorpresa se va a llevar ¡ja, ja! Pero qué cosas más graciosas se me ocurren. *(Se levanta.)*

ESCENA XIX

Pimponet y la Milekouska

MILEK. *(Dentro.)* No, no se moleste. Yo lo buscaré. *(Aparece por la puerta de mampara viendo a Pimponet.)* ¡Ah, caballero!...

PIMPO. *(Aparte.)* ¡Carlomagno, qué señora!

MILEK. Con su permiso voy a buscar un bolsillo que me dejé aquí antes olvidado.

PIMPO. Es usted muy dueña. *(Aparte.)* Yo me hago el fino. *(Alto.)* ¿Quiere que la ayude?

MILEK. Muchas gracias.

PIMPO. Tiene usted un álbum de ellas. *(Aparte.)* Me parece que más fino... *(Empiezan a buscar. Pausa.)* Aquí no está.

MILEK. Sin duda debe hallarse en esa habitación.

PIMPO. Se puede ver.

MILEK. No se moleste, señor...

PIMPO. Pimponet.

MILEK. ¿Pimponet? ¿Es usted pariente de Enrique?

PIMPO. Lejano.

MILEK. Tio, ¿quizá?

PIMPO. No, primo. No hay más que verme la cara. ¡Ja, ja! Yo le quiero mucho. Lo conozco desde que era jovencito. Además, he sido testigo de su boda.

MILEK. ¿Pero es casado?

PIMPO. ¿Quién, Enrique? Hace dos años.

MILEK. ¿Y me lo ocultaba?

PIMPO. ¡Ah! ¿Pero es que usted?... *(Aparte.)* ¡Caracoles con Verdissón! ¡Y parecía tan enamorado de su mujer! ¡Qué cosas ocurren en París!

MILEK. ¡Y me aseguraba que era soltero! ¡Para que se fíe una de los hombres! ¡Todos son iguales!

PIMPO. *(Con acaramelamiento cómico.)* Todos, no, hay excepciones. Aquí me tiene usted a mí... formalito... libre de quintas...

MILEK. ¡Qué gracioso! *(Pausa.)*

PIMPO. ¿Es usted parisién?

MILEK. No, señor, soy rusa. Nací en Moscou. Mi madre tiene allí un café.

PIMPO. ¡Caracolillo! ¡Sí que es raro!

MILEK. ¿El qué?

PIMPO. ¡Que sea usted hija de una cafetera rusa!

MILEK. Efectivamente.

PIMPO. Pues para ser de Moscou, está usted muy bien surtida. Buenos ojos... buena cara... buen cutis... *(Frotándola suavemente una mano.)* Se ve que es piel de Rusia.

MILEK. *(Retirando la mano con coquetería.)* Caballero, que se propasa usted demasiado.

PIMPO. Soy primo de Enrique.

MILEK. No lo parece. Además, yo soy casada.

PIMPO. ¿También usted? ¡Pero, qué París es éste!

MILEK. Y tengo un marido que es una fiera. Me persigue a todas partes. El año pasado causó la muerte a un inglés que sentía una pasión volcánica por mí. ¡Pobrecillo! ¿Recuerda usted algo de eso?

PIMPO. Ya lo creo, he oído hablar mucho de la pasión y muerte. Pues con ese fariseo, estará usted como de alivio de luto.

MILEK. No se lo puede usted imaginar. Si ahora mismo entrara por esa puerta y sorprendiera nuestra trivial conversación, tenga por seguro que iría usted a hacer compañía al inglés.

PIMPO. ¿Quién, yo? Muchas gracias. No me gustan las malas compañías. A los pies de usted.

MILEK. ¿Se va?

PIMPO. Sí, me voy, porque no quiero perder el

tren y, además, porque hablar con usted es hacer oposiciones a un catafalco.

MILEK. No tanto. *(Aparte.)* Se lo ha creído todo. Es un provinciano. Voy a seguir buscando mi bolsillo. *(Alto.)* Mucho gusto, ¿eh? *(Mutis primera izquierda.)*

PIMPO. El gusto es mío. ¡Qué lástima! ¡Es una hembra que cloroformiza! Pero cualquiera se atreve a... En fin, voy a la estación, que esos estarán esperando. *(Se oyen voces dentro.)*

AGUST. *(Dentro.)* Le digo a usted que no se puede pasar.

GOTTA. *(Idem.)* Le digo a usted que sí.

PIMPO. ¡Qué gritos! ¿Quién será?

ESCENA ULTIMA

Pimponet y Gottardón (segunda derecha), que aparece por la puerta de mampara, en actitud tragicómica, seguido de Agustín. Después Bertín (segunda izquierda) y Bertón. Finalmente, la Milekouska. Gottardón lleva en la mano un bastón de estoque, que utilizará a su tiempo

GOTTA. ¡Por fin! Llego a tiempo.

PIMPO. ¿Qué ocurre?

AGUST. Este caballero, que...

GOTTA. *(Interrumpiéndole.)* ¡Chist! Yo se lo explicaré. *(Pausa.)* ¿Usted ve que por fuera parezco un hombre pacífico? Pues por dentro ruge el océano.

PIMPO. ¡Hola, hola!

GOTTA. ¿Se chancea usted?

PIMPO. No, señor; es que saludo al océano Pacífico.

GOTTA. Caballero. Al llegar, hace poco, a mi casa, me he encontrado con esta esquela, que me ha hecho sospechar. Después, por confidencias del cochero, he sabido que está aquí ella.

PIMPO. ¿La fusta?
GOTTA. ¡Mi señora!
PIMPO. *(Aparte.)* ¡Arrea! ¡Es el marido de la moscovita!
GOTTA. Así, pues, le invito a que sin dilación me diga dónde se esconde, si quiere usted quedar con vida.
PIMPO. ¿Con vida?
GOTTA. Sí, señor; por eso le invito a...
PIMPO. Muchas gracias. No tomo nada entre horas.
GOTTA. Dígame usted dónde está mi mujer.
PIMPO. ¡Yo qué sé, hombre!
GOTTA. ¿No quiere usted decírmelo por las buenas? Pues por las malas. *(Desenvaina el estoque del bastón, poniéndose en guardia y amenazando a Pimponet y a Agustín.)*
PIMPO. ¡Eh! ¡Estése quieto, hombre! *(Gottardón le pincha.)*
AGUST. Este tío está loco.
PIMPO. ¡Socorro! ¡Socorro! *(Gritando. Salen Bertón y Bertín segunda izquierda.)*
BERTIN ¿Qué ocurre?
BERTON ¿Qué pasa?
PIMPO. Este tipo, que me ha tomado por una aceituna.
GOTTA. *(Gritando.)* ¿Dónde está mi mujer?
PIMPO. *(A los pasantes.)* Es el marido de la rusa.
BERTIN y
BERTON ¡Tableau!...
GOTTA. ¿Mi mujer, dónde está?
BERTON No sabemos.
BERTIN No sabemos.
GOTTA. ¡Ah! *(Lanza un grito de desesperación y ataca a todos con el estoque. Ellos huyen hacia la derecha, poniéndose en hilera y cubriéndose con el cuerpo de Pimponet.)*
PIMPO. ¡Qué gracia! Suéltenme. *(Gottardón le pincha con el estoque en el vientre.)* ¡He, haga el favor, que padezco del estómago!

GOTTA. ¿Dónde está mi mujer? *(Le pincha otra vez.)*

PIMPO. ¡Aquí no la tengo! *(Por su barriga.)*

GOTTA. ¿Mi mujer, dónde está? *(Vuelve a pincharle.)*

PIMPO. *(Molesto.)* ¡Caray, hombre, ya me está usted pinchando demasiado y voy a tener que saltar! Sí, señor; su mujer está aquí, en ese cuarto. Llámela usted.

GOTTA. ¡Por fin!... *(Adoptando un gesto ridículo de tragedia, se dirige a la primera izquierda, gritando:)* ¡Sal, mujer infame, mujer traidora, que has mancillado mi honor! ¡Sal para que tu cuerpo muera a mis manos! ¡Sal para que muera!...

BERTON *(Al oído de Pimponet.)* ¿Qué dice?

PIMPO. Que salmuera, ¿no lo oye usted?

GOTTA. ¡Sal! ¡Sal!...

MILEK. *(Apareciendo primera izquierda.)* ¿Qué voces son ésas?

GOTTA. ¡Ah! ¿Quién es esta mujer?

PIMPO. La suya. *(A ella.)* Aquí tiene usted a su marido.

MILEK. ¡Mi marido! ¿Con ese tipo? ¡Ja, ja!... *(Mutis segunda derecha.)*

GOTTA. Esto es una burla que no puedo tolerar ¡Ah! *(Vuelve a atacar con el estoque a Pimponet y los demás, que huyen escudándose con éste.)*

PIMPO. ¿Otra vez? *(A Bertín, que está detrás de él.)* Ahora le toca a usted, pollo.

BERTIN ¡Un demonio! *(Mutis corriendo primera derecha.)*

GOTTA. ¡Ah! *(Se dirige como una fiera hacia ellos. Cada uno sale precipitadamente por una puerta, quedando sólo Pimponet.)* Usted se ha mofado de mí. Esa no es mi mujer.

PIMPO. Pues no tenemos otra.

GOTTA. *(Pinchándole de nuevo.)* ¡Sí!

PIMPO. ¡Eh, que no soy un acerico! *(Aparte.)* Si no llevaras el estoque... ¡Ah, qué idea!

(Saca la cajita de los polvos y los esparce disimuladamente por el aire.)

GOTTA. ¡Yo vengo buscando a Marta!

PIMPO. *(Sorprendido.)* ¿A Marta?

GOTTA. Sí, a Marta.

PIMPO. *(Mirándole con recelo, mientras sigue esparciendo los polvos.)* ¡Está loco! Hombre de Dios, si Marta acaba de salir para Poitiers, a casa de su tía Evangelina!

GOTTA. *(Extrañado.)* ¿Para Poitiers? ¿Y con quién?

PIMPO. Con su marido.

GOTTA. ¿Y quién es su marido?

PIMPO. ¿Quién ha de ser? El conde de Castillo Rubio.

GOTTA. El conde de... ¡At... at... atchís! ¡Atchis! *(Sigue estornudando sin cesar de un modo ridículo y escandaloso, cayéndosele el estoque.)*

PIMPO. ¡La Pimponetina! Vencí. ¡Ahora sí que me vengo! *(Acercándose a Gottardón y propinándole dos soberbias bofetadas.)* ¡Sí, señor! ¡Con su marido! *(Bofetadas.)*

GOTTA. ¡Atchís! ¡Atchís!

PIMPO. ¡Así te veas toda tu vida! *(Coge el estoque y le pincha. Bertín, Bertón y Agustín salen de sus escondites.)*

BERTIN ¿Qué has hecho?

BERTON ¿Qué ha ocurrido?

PIMPO. *(Adoptando una postura de héroe.)* ¡Nada, que lo he domesticado!

BERTIN y BERTON *(Lanzan a un tiempo un colosal estornudo, haciendo coro a Gottardón.)* ¡Atchis!...

PIMPO. ¿También ustedes? ¡Duro, duro! ¡Cuerda para veinticuatro horas! *(Cuadro. Telón.)*

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

Planta baja de una casa provinciana, decoraaa y amueblada con sencillez y comodidad. Mesa, sillas y aparador. Al fondo, puerta grande de cristales que da al jardín. Puertas laterales con montante. A la derecha, mesita volante, con servicio de escribir.

ESCENA PRIMERA

Rosalía, doncella de la casa, mujer frescota, de abundantes carnes, se halla ante la mesa, escribiendo

ROSAL. "Me alegraré que al recibo de ésta, se halle buena. Yo bien, gracias, para servirla." *(Pausa.)* "Señora: Por el pueblo no ocurre novedad. El señor cura tiene la gripe. El recaudador de Contribuciones ha pedido la mano de la hija del secretario. Los espárragos han bajado: los dan regalados. La saluda afectuosamente, su fiel servidora, que lo es, Rosalía." ¡Ay, ya me ha caído un borrón! ¡Milagro! *(Cierra la carta y se oye llamar a la puerta.)* Llaman, ¿quién será? *(A gritos.)* ¿Quién? ¿Quién es?

PIMPO. *(Dentro, imitando a la codorniz.)* ¡Pal-pa-lá, pal-pa-lá!

ROSAL. El señor Pimponet. *(Sale por el foro, volviendo a poco con Pimponet.)*

ESCENA II

Rosalía y Pimponet

PIMPO. ¡Ja, ja! ¿Cómo me has conocido?
ROSAL. La costumbre, ¿y qué le trae por aquí, señor Pimponet?
PIMPO. ¡Oh, espléndida Rosalía! ¡Vengo a darte una sorpresa! ¡Je, je!
ROSAL. ¿Una sorpresa?
PIMPO. ¿A que no sabes a quiénes te traigo de París?
ROSAL. *(Dando un grito de alegría.)* ¡Ay, Dios mío!
PIMPO. *(Remedándola.)* ¡Ay; Dios mío! Apuesto un abrazo a que lo has adivinado.
ROSAL. Los señoritos.
PIMPO. ¡Gané! *(La abraza.)*
ROSAL. ¡Estése quieto!
PIMPO. Hija, lo que se debe, se abona.
ROSAL. Es usted muy largo de brazos.
PIMPO. Querrás decir de abrazos. Pues como te digo, querida Rosalía, he traído conmigo a los señoritos.
ROSAL. ¡Qué alegría! Con las ganas que tengo de verlos...
PIMPO. Pues no tardarás. Los he dejado en la estación. Yo me he adelantado para darte la noticia.
ROSAL. ¿Y cómo ha podido usted convencer a los señoritos, para que hicieran este viaje?
PIMPO. Ya sabes que yo consigo siempre lo que me propongo. ¡Ja, ja! ¡Pues no faltaba
ROSAL. ¡Ja, ja!
PIMPO. No te rías, Rosalía, que con esa carcajada de perlas, ese cuerpo ebúrneo y esas carnes tornasoladas, incitas a... *(La abraza.)*
ROSAL. Usted se va a encontrar con algo.

PIMPO. Hija, es que estás muy bien orquestada, hay conjunto, hay armonía, hay... *(Vuelve a abrazarla. Rosalía le da un bofetón.)* ¡Ay!... ¡Me has estropeado la partitura! *(Suena la campanilla de la puerta del jardín.)*

ROSAL. Ahí están los señoritos. *(Sale rápida por el fondo, volviendo en seguida con Marta y Enrique, que llevará un maletín en la mano.)*

ESCENA III

Dichos, Marta y Enrique

ROSAL. ¿Pero es posible, Dios mío?

ENRIQ. ¿Qué tal, Rosalía?

ROSAL. ¡Señorito Enrique! ¡Y es él! ¡Y la señorita Marta! ¡Señorita!

MARTA ¿Cómo está usted, Rosalía?

ROSAL. Muy bien. ¿Y los señoritos? ¡Qué sorpresa! ¡Y la señora, que está en Burdeos!

ENRIQ. *(Dejando el maletín.)* Ya nos lo ha dicho Pimponet.

ROSAL. ¡Cuando la señora se entere! *(A Marta, que va a quitarse el guardapolvo.)* Deje, señorita, que yo la ayudaré. *(Lo hace.)*

MARTA Muchas gracias.

ROSAL. ¿Han hecho ustedes buen viaje?

ENRIQ. ¡Pchs! *(Mirando con rencor a Pimponet.)*

PIMPO. *(Riéndose.)* ¿No sabes? Vienen rabiosos contra mí. ¡Ja, ja!

ENRIQ. No nos han dejado descansar un momento en toda la noche.

PIMPO. ¡Ja, ja, ja!

PIMPO. ¡Ja, ja, ja! Vaya, desde ahora no os molestará más, os voy a dejar tranquilos.

ENRIQ. ¡Gracias a Dios! Rosalía, tengo un hambre devoradora.

ROSAL. ¿Pero no se han desayunado ustedes?

PIMPO. ¿Estos se desayunan con una sonrisa, y comen con un beso.

MARTA No le haga usted caso.

ROSAL. Si quieren, les haré una tortilla de espárragos.

ENRIQ. Muy bien.

ROSAL. Y les sacaré un poco de carne fiambre.

ENRIQ. ¡Magnífico! Nos lo servirá aquí mismo, ¿Eh?

ROSAL. Como gusten los señoritos.

PIMPO. Ya veréis como notáis la buena alimentación de estas comidas. Aquellas carnes de París conservadas a fuerza de cámaras frigoríficas... ¡Qué diferencia de las de este pueblo! Aquí es otra cosa. ¡Estas son carnes! *(Dando un azotito cariñoso a Rosalía, que pasa junto a él.)*

ROSAL. *(Dándole un bofetón.)* ¡Y esto pescado! *(Mutis segunda izquierda.)*

PIMPO. Hija, veo que sigues escamada.

MARTA ¿Qué ha sido eso?

PIMPO. Nada, un cariñito.

ENRIQ. Bueno, Pimponet, el onceno, no estorbar.

PIMPO. ¿Eso quiere decir que me marche?

ENRIQ. ¡Como no prefiera que se lo diga en esperanto!

PIMPO. Basta; a mí con indirectas, no. Comprendo que tenéis razón y me voy; me voy al café de la Fuente. Me espera la encargada, una rubia soberbia: pesa 100 kilos.

ENRIQ. Pues entonces no llega a usted.

PIMPO. ¿Por qué?

ENRIQ. Porque usted es mucho más pesado.

PIMPO. ¿Seguimos con las indirectas? ¡Abur! *(Va hacia la puerta y vuelve rápidamente.)* A propósito: ¿a que no sabéis cuál es el colmo de un horchatero? *(Enrique y Marta le empujan, tapándole la boca y obligándole a hacer mutis.)*

ESCENA IV

Enrique y Marta

ENRIQ. ¡Uf! ¡Al fin nos dejó en paz! *(Acercándose a Marta, que mira con recelo a todas partes.)* ¿Qué tienes?

MARTA No sé. Siento una intranquilidad inexplicable. Temo que van a descubrir mi situación, y, sin poderlo remediar, estoy inquieta. Y gracias que no está aquí tu tía, que, de hallarse presente, me habría faltado el valor para fingir.

ENRIQ. ¡Bah! Desecha esas preocupaciones pueriles y no pensemos más que en nuestra felicidad. *(Le abraza.)*

ESCENA V

Dichos y Rosalía

ROSAL. *(Quedándose parada al verlos.)* ¡Oh!

MARTA *(Soltándose de Enrique, con rubor.)* ¡Oh!

ENRIQ. *(Bromeando.)* ¡Tonta! Si no ha visto nada. ¿Verdad que no ha visto usted nada, Rosalía?

ROSAL. Absolutamente nada, señorito.

ENRIQ. Y aunque hubiese visto. Después de todo, un marido tiene el derecho de abrazar a su mujer.

ROSAL. Naturalmente, señorito. Como que si no lo hiciera sería un mal marido.

ENRIQ. ¿Lo oyes? Rosalía, diré a mi tía que le aumente a usted el salario.

ROSAL. *(Disponiéndose a poner la mesa.)* Como si no se lo dijera, señorito Enrique. Será lo mismo.

MARTA *(Viendo que Rosalía tiene dificultad para poner el mantel.)* Espere, Rosalía, yo la ayudaré.

ENRIQ. Mejor es que pongamos la mesa nosotros mismos. ¿No?

MARTA Eso es, nosotros.

ROSAL. Bien. Entre tanto yo iré a traer el almuerzo.

ENRIQ. *(Poniendo el mantel.)* Sí, vaya, Rosalía, vaya.

ROSAL. *(Con intención.)* Cuando vuelva... ¿Llamo?

MARTA *(Vivamente.)* No, no hace falta.

ENRIQ. Sí, señor; debe llamar. Llame usted, Rosalía.

ROSAL. *(Al salir, como a sí misma.)* Llamaré. *(Mutis segunda izquierda.)*

ENRIQ. Anda, ayúdame a poner el mantel.

MARTA Pongamos el mantel. *(Lo ponen entre los dos.)* Pero, hombre. Está al revés.

ENRIQ. Es verdad. Como mi cabeza.

MARTA Ahora, dame los platos.

ENRIQ. Aquí los tienes. *(Se los da y ella los pone.)*

MARTA Los cubiertos...

ENRIQ. Los cubiertos. *(Idem.)* ¡Hombre, no encuentro los vasos. *(Gritando.)* ¡Rosalía, Rosalía!

MARTA Calla, hombre.

ENRIQ. *(Gritando más.)* ¡¡Rosalía!!

MARTA ¿En qué quedamos? *(Alto.)* Entre usted.

ENRIQ. Si... eso es lo que yo quería decir.

ROSAL. *(Entrando con una bandeja con entremeses en sus platillos, y un vaso.)* Aquí traigo los entremeses y los vasos. ¡Ande! No he cogido más que uno...

ENRIQ. ¿Un vaso? Basta....

MARTA *(Interrumpiéndole.)* Rosalía, vaya a buscar otro.

ENRIQ. *(Con solemnidad cómica.)* Rosalía, criada modelo, sirviente ejemplar... Si va usted por otro vaso, olvidaré su hoja de servicios y diré a mi tía que la despida...

ROSAL. *(Aparte.)* ¡Qué simpáticos y qué ocurrentes son! ¡Qué lástima que no esté la señora!

ENRIQ. ¿Y el vino? ¿Dónde está la llave de la bodega?

ROSAL. Aquí la tengo. Por cierto que se me ha olvidado preguntarles qué frutas quieren los señoritos?

ENRIQ. No se preocupe, nosotros la elegiremos. Marta, ve al jardín y escoge las que más te apetezcan. Yo, mientras, bajaré a la bodega por el Burdeos y el Champagne.

ROSAL. ¿Se acuerda la señorita dónde están los ciruelos y los manzanos?

MARTA ¡Ya lo creo! Me acuerdo perfectamente.

ENRIQ. Sí, mujer, nos acordamos de todo, ¿verdad? Pero antes de separarnos, aunque no sea más que por un segundo.... *(Haciendo intención de abrazarla.)*

MARTA *(Deteniéndole.)* No, no.

ENRIQ. Rosalía, vuélvase usted de espaldas. *(Rosalía obedece, riéndose.)*

MARTA Rosalía, no haga usted caso. *(A Enrique, que se acerca.)* ¡No, no!

ENRIQ. ¿No?

MARTA ¡No! *(Enrique va hacia la derecha, con gesto cómico de enfado y Marta hacia el jardín, andando ambos de espaldas y sin dejar de mirarse con rencor fingido. Al llegar a las puertas, Marta le echa besos y Enrique hace como que los recoge, desapareciendo cada uno por un lado.)*

ROSAL. El champagne está en el tercer departamento de la derecha... *(Volviéndose.)* ¡Anda, si se han ido! ¡Qué felices son! ¡Están más enamorados que en la luna de miel!...

ESCENA VI

Rosalía y Pimponet, que viene con el bastón al hombro a guisa de fusil, tarareando una marcha popular.

PIMPO. ¡Taratachín, tachín, tachín!...

ROSAL. *(Sorprendida al verle.)* ¿Usted otra vez?

PIMPO. Otra vez, hija. Tachín, tachín, etc. *(Sigue tarareando y evoluciona.)* ¿No están tus señoritos?

ROSAL. Ya lo creo que están... que están muy hartos de usted. ¿A qué viene de nuevo?

PIMPO. Vengo a darte otra sorpresa. ¿A que no sabes quién acaba de llegar de Burdeos?

ROSAL. ¡Ay, Dios mío! *(Con alegría.)*

PIMPO. *(Remedándola.)* ¡Ay, Dios mío! Apuesto dos abrazos a que lo has adivinado.

ROSAL. ¡La señora!

PIMPO. ¡Gané! *(Intentando abrazarla.)*

ROSAL. ¡Eh, poco a poco! *(Huyendo.)*

PIMPO. Ah. ¿No quieres? Te los reclamaré por el juzgado.

ROSAL. ¿Y cómo ha venido la señora, sin avisar?

PIMPO. Porque yo la puse un telefonema desde París firmado por el alcalde, diciéndola que viniese en seguida, pues estaba ardiendo el Asilo de San Caralampio.

ROSAL. ¡Vaya una broma!

PIMPO. Así se encuentra con la sorpresa de sus sobrinos...

ROSAL. No le va a perdonar la señora el susto... Nada menos que un incendio!

PIMPO. Ya verás cómo sí. Además, aquí hay un incendio justificado.

ROSAL. ¿Cuál?

PIMPO. El de tus ojos, que abrasan, y el de tus carnes, que queman...

ROSAL. Voy a recibirla.

PIMPO. Yo también. Cuidado con decirla nada de que están aquí... Voy a darle la sorpresa.

EVANG. *(Dentro.)* ¡Rosalía, Rosalía!

ROSAL. Ahí está. *(Sale corriendo por el jardín, seguida de Pimponet.)*

ESCENA VII

Rosalía, Pimponet y doña Evangelina, que es una viejecita de unos setenta años, de aspecto muy simpático.

PIMPO. *(Entrando.)* ¿Y qué tal, doña Evangelina?

EVANG. Ya lo ve, Pimponet, perfectamente. Tome el cabás, Rosalía.

ROSAL. Ay, señora. ¿Cómo tan pronto y sin avisar?

EVANG. He venido de repente, gracias a una bromita que me han gastado. Por cierto que me gustaría tropezar con su autor, para recordarle por lo menos que se debe respeto a las canas.

PIMPO. ¿Qué ha sido ello, mi buena doña Evangelina?

EVANG. Nada, que estando ayer en Burdeos recibí un telefonema firmado por el alcalde diciéndome que estaba ardiendo el Asilo. Figúrese mi sobresalto. Llego y estaba en la estación esperándome; al verme exclama: "Usted dirá qué desea de mí, doña Evangelina." Yo le pregunto ansiosa si había sido ya sofocado el incendio, y él, con cara de extrañeza, me contesta: "¿Cuál?" "El del Asilo." Le enseño el telefonema y el hombre me dice: "Ay, doña Evangelina, ha sido usted víctima de una broma pesada." ¡Imagínese que bochorno!

PIMPO. *(Soltando la carcajada.)* Ja, ja, ja! ¡Eso tiene mucha gracia!

EVANG. ¿Que tiene gracia? ¿Y se ríe usted? *(Amoscada.)* Quisiera saber quién es el bromista para escarmentarle.

PIMPO. ¿El bromista? Pues el bromista es.... ¡un servidor!

EVANG. ¿Usted? ¿Y tiene la desfachatez de confesarlo?

PIMPO. Sí, señora. Yo deseaba ver a usted para saludarla, y me dije: "¿Cómo hacer que venga? Pues poniéndola un telefonema graciosísimo", y así lo hice. ¡Ja, ja, ja!

EVANG. *(Enfadada.)* ¡Tiene usted una desvergüenza que aterra! ¡Estoy confundida! *(Viendo la mesa.)* ¿Qué es esto? La mesa puesta aquí y con dos cubiertos?...

ROSAL. Señora.... *(Mutis foro derecha.)*

PIMPO. Yo se lo explicaré. Doña Evangelina, me he permitido traer dos convidados, que han llegado hace una hora.

EVANG. *(Escandalizada.)* ¿Y se han instalado en mi casa? ¡Muy bonito! ¡Es usted el colmo del cinismo!

PIMPO. Tranquilícese. Son gente bien. El Conde del Castillo Rubio y su esposa. Ahora se los presentaré.

EVANG. ¡No me faltaba más que ver en los días de mi vida!... ¿Qué significa esto, señor Pimponet, qué significa?

ESCENA VIII

Dichos, Enrique y Marta

ENRIQ. *(Entrando por donde salió, con dos botellas.)* Aquí está el champagne.

MARTA *(Id., íd., casi al mismo tiempo, con un cestito lleno de fruta.)* Aquí está la fruta...

EVANG. *(Dando un grito de sorpresa.)* ¡Ah!

MARTA (
¡Oh!
ENRIQ. (

PIMPO. ¡Uh!

ENRIQ. (
(Sorprendidos y casi anonadados.) ¡Tía
MARTA (
Evangelina!

EVANG. ¡Enrique! ¡Marta! ¿Sois vosotros?

ENRIQ. (
(*Sin saber qué hacer y sin moverse.*)

MARTA (.
¡Tía evangelina!

EVANG. ¿Pero qué esperáis para venir a mis brazos?

ENRIQ. (*Abrazándola.*) ¡Tía!

EVANG. ¡Hijo mío! ¿Y tú, Marta?...

MARTA (*Acercándose a ella tímidamente.*) Tía...

EVANG. (*Besándola.*) ¡Hija de mi vida!

PIMPO. (*A Evangelina.*) Bueno, y ahora qué me dice usted de la bromita?

EVANG. (*Teniendo abrazados a Marta y Enrique.*) Que por esta vez, se la perdono. Esta sorpresa y esta alegría, me compensan de todo. (*A ellos.*) ¡Por fin os tengo a mi lado! Pero la verdad es que habéis escogido una ocasión para venir; cuando yo estaba ausente... (*Soltándolos.*)

ENRIQ. (*Vivamente, mirando a Marta.*) Ya sabe usted, tía, la Audiencia, los asuntos...

PIMPO. Ahora tiene ocho días de vacaciones.

EVANG. ¿Pero qué caras tenéis? No parece sino que mi llegada...

ENRIQ. ¡Por Dios, tía! Es que la sorpresa ..

MARTA Eso... la sorpresa...

ENRIQ. (*Abrazándola.*) ¡Mi buena tía!...

EVANG. ¡Enrique! ¡Hijos míos! Qué alegría me habéis dado. Y eso que estoy muy ofendida con vosotros, ingratones. Que tú no vengas, pase, por tus asuntos; pero tú (*a Marta*) no sólo no has venido, sino que hace más de un año que no me has escrito una letra.

MARTA (*Sin saber qué decir.*) Doña Evangelina...

EVANG. (*Reprochándola.*) ¿Doña Evangelina? ¿Me llamas doña Evangelina? ¿Es que no soy tu tía? (*Enrique hace señas a Marta.*)

MARTA Tía...

EVANG. Así me gusta. Acércate, que te contemple a mi gusto. ¡Qué guapísima estás!

MARTA ¡Oh!

EVANG. Puedes envanecerte de que haces honor a tu marido.

PIMPO. ¡El Conde del Castillo Rubio? *(Gesto de Enrique y Marta.)*

EVANG. Pero Pimponet, ¿quiere usted explicarme esa nueva broma? Porque no sabéis cómo me ha anunciado vuestra llegada...

ENRIQ. No le haga usted caso... *(A Pimponet.)* Ande al café de la Fuente, que le esperan.

PIMPO. Ya me voy, hombre, ya me voy. Doña Evangeline, les dejo a ustedes en la intimidad familiar. *(A Marta, saludándola.)* Señora Condesa del Castillo Rubio...

ENRIQ. *(Aparte.)* No se quedará mudo...

PIMPO. *(A Enrique.)* Señor Conde... *(Poniéndose el bastón sobre el hombro, hace mutis tarareando la misma canción que cuando entró.)* !Taratachín, tachín, tachín¡

ESCENA IX

Marta, Enrique, Evangelina y luego Rosalía.

EVANG. ¿Pero quién es ese Conde de Castillo Rubio?

ENRIQ. Nadie.... absolutamente nadie... Un amigo de Pimponet, con quien él da sus bromas a menudo. Bromas del peor gusto.... Pero dejemos a Castillo Rubio...

EVANG. Tienes razón; hablemos de vosotros, hijos de mi alma. ¿Continuáis siendo tan felices?

ENRIQ. Siempre lo mismo.

MARTA *(Violenta.)* Lo mismo...

EVANG. ¿No tienes algún reproche que dirigir a tu marido?

MARTA Ninguno.

EVANG. Es decir, un cielo sin nubes...

LOS DOS Sin nubes...

EVANG. Me alegro, hijos míos, me alegro. *(Pausa.)* Y... ahora que estamos solos, ¿no hay ninguna esperanza?

ENRIQ. *(Aparte.)* ¡Hum!

MARTA *(Con rubor.)* Tía Evangelina...

EVANG. No os ruboricéis, hijos míos. Eso es natural. Con las ganas que deseo tener un nietecillo, porque yo, aunque tía vuestra, para la criatura, seré como su abuelita. ¡Ya lo creo! *(A Marta, que está inquieta y violentísima.)* ¿Qué quieres?

MARTA Desearía lavarme...

ENRIQ. Yo también. En el tren se ensucia uno tanto...

EVANG. Pues ya sabéis dónde están vuestras habitaciones.

ENRIQ. Pues hasta ahora, tiíta... *(Los dos besan a Evangelina, haciendo mutis cada uno por un lado.)*

EVANG. No tardéis, que vamos a almorzar en seguida.

ROSAL. *(Entrando.)* Señora, señora...

EVANG. ¿Qué hay?

ROSAL. Un caballero pregunta por usted.

EVANG. ¿Ha dicho su nombre?

ROSAL. Sólo me ha preguntado si vive aquí doña Evangelina. Le he contestado que sí y entonces ha dicho, haciendo muchos aspavientos: "¡Existe! ¡Gracias, Dios mío!"

EVANG. ¡Qué raro! Hazle pasar. *(Rosalía sale por el foro, volviendo en seguida con Gottardón.)*

ESCENA X

Evangelina, Rosalía y Gottardón.

ROSAL. *(A Gottardón.)* Aquí está. Pase usted.

GOTTA. *(Entra rápidamente y hace una exagerada reverencia a Evangelina.)* ¿Es a doña

Evangelina a quien tengo el honor de dirigirme?

EVANG. Servidora.

GOTTA. *(Elevando la vista con ademán exagerado.)* ¡Gracias, Dios mío!

EVANG. ¡Qué tipo más grotesco. *(Aparte.)*

GOTTA. Deseo hablar con usted reservadamente de un asunto de la mayor importancia.

EVANG. *(Aparte.)* ¿Qué será? *(A Rosalía.)* Rosalía, déjanos.

ROSAL. Bien, señora. *(Al marcharse, aparte.)* Escucharé detrás de la puerta. *(Mutis segunda derecha. Gottardón, al quedarse solo con Evangelina, observa sigilosamente todas las puertas.)*

EVANG. *(Impaciente.)* Usted dirá.

GOTTA. *(Abrazando de improviso a Evangelina.)* ¡Querida tía!

EVANG. *(Retrocediendo, sorprendida.)* Caballero... ¿Qué dice usted?

GOTTA. ¡Querida tía!...

EVANG. *(Molesta.)* Haga el favor de explicarme...

GOTTA. ¿Pero no me conoce usted? ¿No se imagina quién soy?

EVANG. No sé quién es usted, ni le he visto en mi vida.

GOTTA. ¡Su sobrino!

EVANG. ¿Mi sobrino? *(Aparte.)* Este hombre no está bueno. *(A él.)* Señor mío, usted debe venir equivocado.

GOTTA. ¡Oh, no, querida tía! Sé que está aquí ella.

EVANG. ¿Quién?

GOTTA. Mi mujer.

EVANG. ¿Su mujer? *(Sorprendida.)*

GOTTA. Sí. Al llegar ayer a mi casa en París, supe que había salido y se había dirigido a casa de su abogado, el sucesor de Mirebeau. Allá me fuí, pregunté y ¿sabe usted lo que me contestaron? Que mi esposa acababa de salir para Poitiers a ver a una

tía suya, de la que jamás me había hablado. ¿Comprende usted ahora el porqué de nuestro parentesco?

EVANG. No comprendo una palabra.

GOTTA. Cuando sepa mi nombre lo comprenderá todo. Continúo. Acto seguido, corrí presuroso a la estación, pero ¡oh fatalidad! hacía tres minutos que había salido el express. No tuve más remedio que tomar el mixto. Por fin llego a Poitiers, me dedico a buscarla a usted... y aquí estoy. ¿Lo comprende ahora todo, querida tía?

EVANG. Nada absolutamente e insisto en que sufre usted un error. Para que yo me entere, ¿usted quién es?

GOTTA. El marido de Marta. El Conde de Castillo Rubio.

EVANG. ¡El Conde de Castillo Rubio! ¡Ah, vamos! El amigo de Pimponet...

GOTTA. ¿Cómo?

EVANG. ¿Es usted el famoso Conde?

GOTTA. El auténtico, querida tía.

EVANG. Pues bien, señor mío. Su broma es bien poco delicada.

GOTTA. ¿Mi broma? No comprendo.

EVANG. Vaya usted a ver a su amigo Pimponet al café de la Fuente y él se la explicará. Y dígale que no ha hecho efecto.

GOTTA. Pero ese Pimponet, ¿quién es?

EVANG. No se haga usted el desentendido.

GOTTA. Señora, yo...

EVANG. ¡Bueno, basta ya! *(Llamando. En seguida sale Rosalía.)* ¡Rosalía, Rosalía! Acompaña a este caballero.

GOTTA. *(Confuso.)* Pero tía...

EVANG. Señor mío, tengo bastantes quehaceres en que ocuparme para... ¡No faltaba más! *(Mutis segunda izquierda.)*

GOTTA. Está bien, señora. Café de la Fuente. Pimponet. No entiendo una palabra. ¿Usted lo entiende, apreciable doncella?

ROSAL. Lo único que entiendo es que le ha echado.

GOTTA. Tiene usted razón. Pero esto no puede quedar así. Yo necesito averiguar... Yo necesito...

ESCENA XI

Gottardón, Rosalía y Enrique.

ENRIQ. *(Por la izquierda.)* Vaya, ya estoy arreglado.

GOTTA. *(Reconociéndole.)* ¡Ah! ¡El sucesor de Mirabeau! Sin duda ha acompañado a mi esposa. El me informará. *(Acercándose.)* Caballero.

ENRIQ. ¿Eh? *(Reconociéndole, aparte.)* ¡Caramba! ¡El tipo de ayer!

GOTTA. ¿No recuerda usted de mí?

ENRIQ. Ya lo creo. Usted es el que fué ayer a consultarme.

GOTTA. El mismo. ¿Cómo se halla?

ENRIQ. Perfectamente. *(Se estrechan las manos.)*

ROSAL. *(Aparte.)* ¡Anda, se conocen! ¡Y la señora que me mandó echarle! *(Mutis segunda izquierda.)*

ESCENA XII

Gottardón y Enrique.

ENRIQ. ¿Y cómo usted por aquí? ¿Ha venido a veranear?

GOTTA. Nada de eso. Vengo por lo que usted no ignora.

ENRIQ. ¿Cómo?

GOTTA. Ayer recibí el recado en su casa.

ENRIQ. ¿En mi casa?

GOTTA. Sí, señor. Y aunque deseo tropezar con

el sujeto que me lo dió, pues abusó de mi constipado crónico, le estoy a usted agradecido por lo que ha hecho.

ENRIQ. No le entiendo.

GOTTA. Si bien es cierto que se mostró usted de piedra cuando fuí a consultarle, en cambio después demostró tener suma delicadeza.

ENRIQ. ¿Yo?

GOTTA. Sí, hombre, al avisarme de que se dirigía a Poitiers.

ENRIQ. ¿Quién?

GOTTA. Mi mujer.

ENRIQ. ¿Qué mujer?

GOTTA. La Condesa de Castillo Rubio.

ENRIQ. *(Dando un salto.)* ¿Pero usted es...?

GOTTA. *(Sorprendido también.)* El Conde de Castillo Rubio.

ENRIQ. ¡Zapateta! ¿Usted el Conde? ¿Usted es el marido?

GOTTA. El marido de la Condesa, naturalmente.

ENRIQ. ¡Ah, Conde!...

GOTTA. ¿Qué le pasa a usted?

ENRIQ. Nada, nada.

GOTTA. *(Molesto.)* ¡Diablo, si parece que revienta de gozo!

ENRIQ. *(Entusiasmado y hablando hacia la habitación de la izquierda.)* ¡Ah, divina! ¡Ah, celestial! ¡Ah, santa criatura! De aquí en adelante puede usted contar conmigo como con un hermano.

GOTTA. *(Aparte.)* ¡Qué abogado más raro! Hay momentos en que me es muy simpático.

ENRIQ. Veamos qué es lo que desea usted.

GOTTA. *(Nuevamente sorprendido.)* ¿Cómo? ¿Que qué deseo? ¿Qué he de desear? Mi mujer.

ENRIQ. ¡Ah, conque quiere usted su mujer?

GOTTA. Hasta el punto de que si fuera necesario recurriría al auxilio de los gendarmes.

ENRIQ. ¡Hombre!

GOTTA. Sí, señor. Porque su tía me ha puesto de patitas en la calle.

ENRIQ. *(Aparte.)* Menos mal. He escapado de buena. *(A Gottardón.)* Señor Conde, yo acabo de decirle que puede contar conmigo como con un hermano.

GOTTA. Ciertamente.

ENRIQ. Así, pues, voy a demostrárselo, y para cumplir con mi conciencia, desde este instante abandono los intereses de la señora Condesa, para encargarme de los de usted.

GOTTA. *(Con alegría.)* ¿Será usted capaz?

ENRIQ. Como lo digo.

GOTTA. ¡Oh, gracias, gracias! ¿Cómo podré pagarle?...

ENRIQ. Obedeciéndome en un todo. Lo primero que tiene usted que hacer es tomar inmediatamente el tren para París.

GOTTA. ¿Sin mi esposa?

ENRIQ. Sin su esposa.

GOTTA. Eso es capitular.

ENRIQ. No lo crea usted. La diplomacia es conveniente.

GOTTA. Tiene razón.

ENRIQ. Y en cuanto usted se vaya, yo hablaré con la condesa y la haré comprender lo anómalo, lo injustificado de su conducta.

GOTTA. *(Encantado.)* Muy bien.

ENRIQ. Y colgaré mi toga si antes de dos, tres, de diez días, no consigo que vuelva al hogar conyugal, arrepentida, sumisa y amorosa.

GOTTA. *(Abrazándole efusivamente.)* ¡Oh querido amigo, no olvidaré...?

ENRIQ. Dése prisa, que el tren sale dentro de una hora. Corra.

GOTTA. Voy. *(Medio mutis.)* Una palabra: ¿Su nombre?

ENRIQ. ¿Mi nombre?... Enri... Anatolio Blandumar.

GOTTA. ¡Ah, señor Blandumar! Me mar... me marcho loco de alegría. ¿Los honorarios?

ENRIQ. No se ocupe usted de eso. Ya hablaremos.

GOTTA. (*Medio mutis.*) ¡Ah!...
ENRIQ. ¿Qué?
GOTTA. ¿Cómo es que ella no me habló nunca de su tía?
ENRIQ. Porque... Es un secreto de familia. Pero váyase usted. (*Empujándole.*)
GOTTA. Blandumar, dígale que respetaré ese secreto. Ante todo soy un caballero. (*Estornuda.*) ¡Atchís! Es la emoción. ¡Atchís! Adiós. ¡Atchís! Adiós. Voy a ver si tropiezo con Pimponet. ¡Atchís! (*Mutis foro.*)

ESCENA XIII

Enrique, a poco Marta

ENRIQ. (*Despidiéndole.*) ¡Buen viaje! (*Con júbilo, al verle marchar.*) ¡Por fin! ¡Has caído en la red! (*Llamando, a la izquierda.*) ¡Marta! ¡Marta!
MARTA (*Saliendo.*) ¿Qué quieres?
ENRIQ. Ven aquí, que te estreche en mis brazos. (*Abrazándola con calor.*)
MARTA Que me haces daño.
ENRIQ. No importa. (*Estrujándola.*)
MARTA ¡Ay, ay, ay! (*Desasiéndose.*) ¿Pero qué te pasa?
ENRIQ. ¿Y me lo preguntas? ¿Quién estuvo en Saint Clou el día de su boda con el Conde de Castillo Rubio?
MARTA Yo... pero...
ENRIQ. Abrázame. ¿Quién se negó a consentir al conde la menor caricia?
MARTA Yo...
ENRIQ. Abrázame otra vez.
MARTA ¿Pero cómo sabes tú...?
ENRIQ. Yo lo sé todo.
MARTA ¿Quién te lo ha dicho?
ENRIQ. Tu marido.
MARTA (*Asombrada.*) ¿Mi marido?

ENRIQ. El mismo, que fué a consultarme el caso sin dar su nombre.

MARTA ¿Pero es posible?

ENRIQ. Que nos ha seguido hasta aquí...

MARTA ¡Dios mío!

ENRIQ. Que ha visto a la tía Evangelina...

MARTA *(Con horror.)* ¿Qué la ha visto?

ENRIQ. Tranquilízate; se ha marchado ya. La tía le ha echado de casa. Bástate saber que nos salen las cosas a pedir de boca. Que no tardarás mucho en estar libre y en volver a ser mía. ¡Sólo mía!

ESCENA XIV

Marta, Enrique, Evangelina y Rosalía

EVANG. ¿Qué, ya os habéis arreglado?

ENRIQ. Sí, tía. ¡Abráceme usted!...

EVANG. *(Sorprendida.)* ¿Pero qué pasa?

ENRIQ. Que tengo ganas de reír, ganas de cantar, ganas de bailar...

EVANG. Más vale así... Bueno, ¿comemos o no? Yo estoy desfallecida.

MARTA Por nosotros, cuando usted guste.

EVANG. *(Llamando.)* ¡Rosalía, Rosalía!

ROSAL. *(Saliendo.)* ¿Qué manda, señora?

EVANG. Sírvenos a escape el almuerzo. *(Mutis Rosalía.)*

ENRIQ. *(Colocando las sillas junto a la mesa.) (A Evangelina.)* Usted, aquí, presidiendo, como ángel tutelar... *(Señalando al frente.)* y nosotros, uno a cada lado. *(Se sientan los tres a la mesa, Evangelina en el centro, frente al público, Marta a la izquierda y Enrique a al derecha.)* Yo tengo un apetito feroz. ¿Y usted, tía?

EVANG. Yo también, aunque estoy algo molesta, por una escena desagradable que me ha

proporcionado la última bromita de Pimponet. *(Rosalía entra con el almuerzo.)*

ENRIQ. ¿Otra vez Pimponet? ¿Qué ha sido ello?

EVANG. Pues que ha tenido la desfachatez de enviarme a ese Conde de Castillo Rubio. Un tipo que decía que era tu marido y que venía por ti, para llevarte a París.

MARTA ¿Por mí?

ENRIQ. Bah, no hay que hacer caso. He hablado yo con él. Es un pobre desequilibrado, que le da la manía por eso, y a veces sufre ataques de locura furiosa. *(Hace una seña a Marta.)*

EVANG. ¡Dios mío! ¡A lo que hemos estado expuestas!

ROSAL. Ya me parecía a mí que no estaba en su razón.

ENRIQ. Pero no tengan ustedes cuidado; ese no vuelve más; ya verán ustedes como no vuelve...

ESCENA XV

Dichos y Gottardón, que aparece de improviso por la puerta del foro.

GOTTA. Señor Blandumar... Blandumar. *(Las mujeres al verle lanzan un grito de terror y huyen despavoridas por distintos lados. Rosalía, en su aturdimiento, deja caer un plato que tenía en la mano.)*

EVANG. ¡El loco...! *(Mutis.)*

ROSAL.

MARTA ¡¡El!! *(Idem.)*

ENRIQ. ¡¡Tableau!!! *(Mutis por donde Marta.)*

GOTTA. *(Queda sólo en escena, lleno de extrañeza.)* ¿Por qué corren? ¿Qué sucederá? En fin, esperaré a ver si salen. *(Se pasea por la escena.)* Me han dicho que hasta las cuatro no pasa el expréss y como no co-

nozco a nadie en este pueblo, he vuelto aquí para no aburrirme. ¿Habrá conferenciado Blandumar con Marta? Quiera la Providencia que la haya convencido. *(Fijándose en la mesa.)* ¡Reconcordia! ¡Suculento almuerzo! Y yo que aún me hallo sin desayunar... Si no me vieran... *(Se acerca a la mesa cautelosamente y coge una loncha de jamón, llevándosela a la boca rápidamente.)* Es una falta de educación, pero ya lo dijo Heliogábalo: "El comer es placer de Dioses". *(Coge una lengua a la escarlata y la contempla.)* Esta equxisita lengua parece que está diciendo "Muérdeme"... ¡Demonio, viene gente! Yo me guardo la lengua en cualquier sitio... *(La esconde presuroso en el bolsillo posterior del chaquet.)*

ESCENA XVI

Gottardón y Pimponet, por el foro.

PIMPO. *(Entra cantando, sin ver a Gottardon.)* ¡Aquí está Pimponet! ¡Aquí está Pimponet! ¡Pimponet... Pimponet...!

GOTTA. ¡¡Pimponet!! ¡Ah! *(Cogiéndole por la solapa.)* ¿Con que es usted Pimponet?

PIMPO. *(Reconociéndole.)* ¡Atiza! ¡El loco de París! *(Con miedo.)* ¡Servidor!

GOTTA. Ya le conozco. Usted es el que ayer en París abusó de mi constipado; el que hoy en este pueblo ha logrado indisponerme con mi tía.

PIMPO. ¿Con su tía?

GOTTA. Sí, señor, con mi tía.

PIMPO. *(Aparte.)* Sigue con su locura. Hay que dejarle.

GOTTA. Supongo que después de sus ofensas, es-

tará usted dispuesto a que vayamos al campo del honor.

PIMPO. Hombre, ¿para qué nos vamos a molestar?

GOTTA. *(Imperioso.)* Se lo exijo.

PIMPO. Bueno, bueno. No se ponga de ese modo. Iremos adonde usted quiera. *(Aparte.)* Yo le sigo la corriente.

GOTTA. Puede usted nombrar padrinos. A mí me representará mi amigo Anatolio Blandumer, abogado de París. ¿Y a usted?

PIMPO. Pues a mí... otro abogado, también de París.

GOTTA. Su nombre.

PIMPO. El conde de Castillo de Rubio. *(Pausa cómica.)*

GOTTA. Caballero, le suplico la omisión de chanzas, porque el Conde soy yo.

PIMPO. ¿Usted? ¡Ah, sí, es verdad! No lo había conocido. *(Aparte.)* Yo le digo que sí a todo.

GOTTA. Cíteme seriamente el nombre de la persona que le ha de apadrinar.

PIMPO. Pues la persona que me ha de apadrinar es... el señor don Enrique Verdisson.

GOTTA. *(Sorprendido.)* ¿Verdissón?

PIMPO. ¿Qué? ¿También es usted?

GOTTA. ¿Ha dicho usted Enrique Verdissón?

PIMPO. Sí, Enrique Verdissón, abogado.

GOTTA. ¿Abogado? ¿Y dónde está ese hombre?

PIMPO. Aquí. Ha llegado esta mañana de París, con Marta, su esposa.

GOTTA. ¡Mi mujer!

PIMPO. ¿Su mujer? *(Aparte.)* Hay que darle la razón a este loco.

GOTTA. *(Aparte.)* ¡Oh, qué sospecha más terrible! Dígame usted qué señas tiene.

PIMPO. ¿Quién? ¿Verdissón? Alto, moreno... etc. *(Dando las señas del actor que represente el papel de Enrique!*

GOTTA. *(Angustiado.)* ¡El mismo, no me cabe duda! Verdissón es Blandumar y Blandumar,

Verdisson! ¡El primer marido de Marta! ¡Ah, canallas! ¡Me han engañado! ¡Me han engañado! *(Pasea por la escena, desesperado. Tira una silla.)*

PIMPO. *(Aparte asustado.)* Le va a dar el ataque. Yo le encierro en la bodega. *(Alto.)* Caballero, mejor será que pasemos a ese cuarto y hablemos tranquilamente.

GOTTA. Sí, tiene razón, quiero indagarlo todo, quiero sorprenderlos y si se confirman mis sospechas, provocaré la catástrofe.

PIMPO. *(Se dirige a la primera derecha, abriendo la puerta.)* Pase usted.

GOTTA. Paso. *(Entra.)*

PIMPO. Pasa. *(Cierra la puerta por fuera.)* Ahora ahí te quedas. No sé como a estos locos los dejan andar sueltos.

GOTTA. *(Dentro, golpeando la puerta.)* Abra usted!

PIMPO. Eso quisieras. Voy por una cuerda y un revólver.

GOTTA. *(Golpeando con más fuerza.)* ¡Esto es una cobardía!

PIMPO. Sí, grita, grita, ¡de buena me he librado! *(Se oye dentro gran estrépito, como de caer una persona por una escalera.)* ¡Cataplúm!... ¡Se debe haber roto la crisma! Espera que te vas a divertir! *(Mutis rápido foro. Pausa.)*

ESCENA XVII

Marta y Enrique. Después Gottardón.

ENRIQ. No hay nadie. Debe haberse marchado. Puedes salir sin miedo.

MARTA ¿Y si vuelve? ¡Ay Enrique! Esta situación es insostenible.

ENRIQ. Pensemos serenamente una determinación.

MARTA Yo ya la tengo pensada.

ENRIQ. ¿Cuál?

MARTA Presentarme a mi marido, pedirle perdón y decirle que estoy dispuesta a seguirle.

ENRIQ. ¿Y te irías con ese fantoche, que no puede pasarse cinco minutos sin estornudar?

MARTA Es mi deber. La mujer debe seguir a su marido. Separémonos amistosamente. *(Conmovida.)*

ENRIQ. ¿Y he de resignarme a perderte de nuevo? Eso no es posible. Nuestro amor es más fuerte que todos los códigos del mundo, y no hay ley capaz de arrancarte de mis brazos. *(La abraza.)*

GOTTA. *(Aparece en el montante de la puerta, lanzando un estornudo formidable.)* ¡Atchís!

MARTA *(Separándose rápidamente de Enrique.)* ¡Mi marido!

ENRIQ. ¡El!

GOTTA. ¡Ah, infames! ¡Al fin os he sorprendido! ¡Y en qué momento! Caballero, abra inmediatamente o echo la puerta abajo.

ENRIQ. Calma, señor Conde. Nada de escándalo.

GOTTA. ¿Y se atreve usted a recomendarme calma después de lo que he visto? Estoy enterado de todo. Sé que es usted Enrique Verdissón.

MARTA *(Bajo a Enrique.)* Estamos perdidos.

ENRIQ. Calla. Conservemos la serenidad.

GOTTA. ¡Abra usted en seguida, o me tiro por el montante!

ENRIQ. Voy a complacerle. Soy enemigo de violencias. *(Se dirige a la puerta.)*

MARTA *(Asustada.)* ¡Dios mío, qué va a pasar aquí!

ENRIQ. No tengas miedo. *(Abre la puerta. Sale Gottardón con el traje todo manchado y hecho una fiera avanza hacia Marta balbuciendo palabras incoherentes, en actitud colérica y amenazadora. Enrique le detiene, interponiéndose.)* ¡Chist! Ante todo le exijo la corrección debida a una señora.

GOTTA. ¿A una señora?

ENRIQ. Si pronuncia usted una palabra ofensiva para ella, me veré obligado a abofetearle.

GOTTA. *(Un poco asustado.)* ¿A mí?

ENRIQ. A usted. Y si es preciso le arrancaré la lengua.

GOTTA. *(Ocultando azoradamente la lengua a la escarlata, que le asoma por el bolsillo posterior del chaquet.)* ¡La ha visto! *(Pausa.)*

ENRIQ. La señora y yo estamos dispuestos a darle toda clase de explicaciones.

GOTTA. *(Con sarcasmo.)* Explicaciones...

MARTA Sí, Godofredo, no debes juzgarme por las apariencias.

GOTTA. *(Rechazándola rápidamente.)* ¡Cállese usted!

ENRIQ. Así no nos entenderemos nunca. *(Con energía.)* Señor Conde, permítame. Cuando yo me casé con la señora Verdissón...

GOTTA. ¡Alto! No hay tal señora Verdissón. Condesa de Castillo Rubio.

ENRIQ. Perdone. En aquella época, aún no tenía el honor de llevar ese título.

GOTTA. Afortunadamente para mí.

MARTA *(Molesta.)* Muchas gracias.

ENRIQ. Cuando yo me casé con Marta, si usted lo prefiere...

GOTTA. Sí, lo prefiero, es decir, no. Diga usted simplemente la señora.

ENRIQ. Cuando yo me casé con la señora, aquí presente...

GOTTA. Así está muy bien.

ENRIQ. Yo la amaba, la adoraba.

GOTTA. ¡Basta! No hace falta tanto detalle.

ENRIQ. No se puede borrar el pasado.

GOTTA. Pero se puede fingir que se olvida.

ENRIQ. ¡Olvidarse! Nosotros creímos haberlo olvidado cuando nos divorciamos, si bien el motivo de nuestro divorcio era pueril.

MARTA. *(Reconviniéndole.)* ¡Pueril!

ENRIQ. ¡Bah! Un pecadillo sin consecuencias.

MARTA ¿Pecadillo? *(A Gottardón.)* Caballero, le pongo a usted por testigo...

GOTTA. Señora, yo no he venido aquí para mediar en sus discusiones conyugales.

ENRIQ. Tiene razón, no ha venido...

MARTA En efecto. Además, que usted ya las conoce y en lugar de haberme hecho comprender la ligereza que cometía, me excitaba en contra suya y me aconsejaba que me vengase.

ENRIQ. ¡Pero señor Conde...!

GOTTA. ¡Todavía va a resultar que yo soy el culpable!

MARTA Tranquilícese usted. Aunque he dado lugar a creer otra cosa, yo no he faltado a mis deberes. Soy una mujer honrada y sé respetar el nombre de mi marido.

GOTTA. *(Dudando.)* Eso...

MARTA Le doy mi palabra de honor.

ENRIQ. Puede usted creerlo.

MARTA Y ahora que lo sabe usted todo, adopte la resolución que prefiera. Enrique, acompáñame.

MARTA Al convento de las Damas del Infortunio.

GOTTA. *(Interponiéndose y cogiendo a Marta de un brazo.)* ¡Ea, se acabó! Deme usted el brazo. *(A Enrique.)* La señora es mi esposa y usted no tiene que...

ENRIQ. Poco a poco. Lo que un divorcio ha hecho, puede hacerlo otro divorcio. Señora, ¿quiere usted hacerme el honor de concederme su mano?

MARTA ¡Por fin! Esa es la frase que yo esperaba.

GOTTA. *(En el colmo de la indignación.)* ¿Y creen ustedes que yo he viajado en mixto durante veinte horas para permitir que la señora Verdissón...

ENRIQ. Castillo Rubio.

GOTTA. ... se case con Castillo Rubio?

MARTA Verdissón.

GOTTA. Yo pierdo la cabeza. ¡Oh, no, no! Us-

ted es mi mujer y yo soy su marido ante la ley...

ENRIQ. Sí, pero ante la ley nada más.

GOTTA. ¡Usted que sabe!

ENRIQ. Pero si usted mismo me lo ha dicho...

GOTTA. *(Aparte.)* Es verdad, yo mismo me he puesto en ridículo.

ENRIQ. ¿Es que se niega a entenderse como amigo?...

GOTTA. Yo no soy amigo de ustèd.

ENRIQ. Está bien, puesto que no quiere usted avenirse a razones, apelaré a la fuerza. Marta, sígueme.

GOTTA. Yo sabré impedirlo. Llamaré a los gendarmes.

ENRIQ. Vaya usted a buscarlos. Les contaremos nuestra historia y así sabrá todo el mundo lo que no sabemos más que los tres.

GOTTA. *(Dejándose caer en una silla anonadado.)* ¡Es horrible...!

ENRIQ. Vamos, señor Conde, sea usted razonable.

MARTA Godofredo, recapacita...

GOTTA. ¡Brrrr!...

ENRIQ. Usted tiene talento, y comprenderá que un escándalo de esta índole mancharía su nombre ilustre. Reflexione que en la baraja del amor le han tocado las peores cartas, y diga: "Otro talla".

GOTTA. Es cierto, pero mi dignidad siempre quedaría por los suelos.

ENRIQ. ¡Bah! Todo tiene arreglo. Puede usted entablar el divorcio sin quedar en ridículo.

GOTTA. Si fuera factible...

ENRIQ. Escriba usted.

GOTTA. *(Sorprendido.)* ¿Que escriba?

ENRIQ. Lo que voy a dictarle. Recuerde que soy su abogado. *(Gottardón se dispone a escribir casi maquinalmente.)* "Querida Hortensia:..."

GOTTA. ¿Cómo?...

ENRIQ. *(Continuando.)* "Te adoro y mi mujer me aburre. Hasta la noche." Firme usted.

MARTA Enrique Verdissón.

ENRIQ. No, no, Conde de Castillo Rubio. Ahora le toca a él.

GOTTA. Ya está. ¿Y ahora?

ENRIQ. Otra, otra. *(Dictando.)* "Julieta de mi corazón: Para ti mi alma, mi vida y mi fortuna."

MARTA *(Siguiendo el dictado.)* "Esta mañana he puesto de golpes a mi mujer, que no había por donde cogerla...

ENRIQ. *(Idem.)* "A cada golpe", pronunciaba tu nombre..." Firme usted.

GOTTA. *(Filosóficamente.)* Verdaderamente es el único medio para no hacer el ridículo.

ENRIQ. *(Estrechándole la mano con efusión.)* Gracias, señor Conde, a usted le debo mi felicidad.

MARTA *(Con alegría, abrazándole.)* ¡Ah, mi querido Godofredo...!

GOTTA. *(Con resignación.)* Es la primera vez que abraza.

PIMPO. ¿Dónde está ese loco?

GOTTA. ¡Ah, canalla! *(Desplante.)*

ENRIQ. Prudencia, señor Conde.

GOTTA. ¡Tomarle el pelo a un Castillo Rubio!

PIMPO. Enrique, déjalo solo, a ver si le doy al Castillo.

MARTA ¡Por Dios!

ENRIQ. No, Pimponet, este caballero no está loco.

PIMPO. Pues lo parece.

GOTTA. Pues no lo estoy. *(Desplante.)*

PIMPO. ¡Que le da el ataque! Quita hombre. *(A Enrique.)*

ENRIQ. ¡Basta! Suelte usted ese arma. *(Le quita el revólver.)*

ENRIQ. Y, a ver cuándo deja usted de ser pesado.

PIMPO. A propósito. A que no aciertan ustedes...

TODOS. ¡¡No!!

PIMPO. A que no aciertan ustedes lo que les voy a pedir a estos señores.

TODOS ¡Ah!

PIMPO. Que perdonen nuestras faltas y aplaudan a los autores.

T E L O N

ALBUM FILM

Se ha puesto a la venta este elegante tomo que contiene

200 retratos de artistas

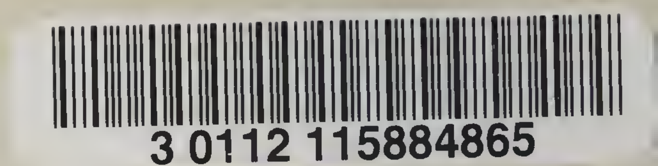
y 200 biografías

Resulta un libro de gran interés para los aficionados

— al cinematógrafo —

Preciosas cubiertas en tricromía

PRECIO: 3 PESETAS


3 0112 115884865